MARÍA DEL CARMEN

MARIA DEL CARMEN

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ FELIU Y CODINA

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, la noche del 14 de Febrero de 1896

TERCERA EDICIÓN

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1896

Dedico esta obra al

Excmo. Sr. D. Victor Balaguer

en testimonio del cordial cariño y alta consideración que le profeso.

Jose Feliú y Codina

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
María del Carmen (18 años)	Sra. D.ª	María Guerrero.
Concepción (50 íd.).........		Rita Revilla.
Fuensantica (15 íd.).......	Srta.	Ramona Valdivia.
Pencho (25 íd.).............	Sr. D.	Fernando Díaz de Mendoza.
Javier (24 íd.)..............		Francisco García Ortega.
Domingo (48 íd.)...........		Donato Jiménez.
Don Fulgencio (56 íd.).....		Alfredo Cirera.
Pepuso (54 íd.)		Felipe Carsí.
Migalo (48 íd.)......... ...		Manuel Díaz.
Antón (40 íd.)......... ...		Javier Mendiguchía.
Roque (22 íd.)..............		Juan Robles.
Andrés (24 íd.)......... ...		José López Alonso.

Huertanas y huertanos, Actrices y actores de la Compañía

Dirección de escena de D. Rafael María Liern

Acción contemporánea en la Huerta de Murcia

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Plazoleta de un eremitorio, en lo interior de la Huerta. A la derecha la ermita, y sobre su puerta un rótulo que dice: «Casa de la Virgen.» A la izquierda de la ermita y pegada á ella una casita con ventanas y puerta practicable. El sitio está rodeado de verde y copiosa vegetación, hasta el pie de la sierra elevada y escabrosa que ciñe el horizonte; campos de maíz, grupos de higueras chumbas, moreras, cipreses, palmeras, etc. Vense también las casitas blancas y barracas de los huertanos, salpicando la verde extensión. Dividen el suelo varias sendas, y lo recorren algunas acequias que se pasan por medio de puentecillos de tablas ó piedras. Junto á la puerta de la ermita, un poyo, y otro en primer término á la izquierda, debajo de un árbol.

ESCENA PRIMERA

ROQUE y varios mozos. Aparecen unos sentados en el banco de la ermita ó en el suelo en cuclillas, y otros de pie, arañando la tierra con sus bastones de cayado; forman distintos grupos. ANDRÉS sale por la izquierda seguido de otros mozos. Todos visten de día de fiesta. La campana de la ermita está tocando á misa

AND. (Dirigiéndose al grupo de junto á la ermita.) A la par de Dios, cabayeros. ¿Es er primer toque?

ROQUE Er segundo. ¿Ande te has dejao los oidos esta noche, que amaneces sordo?

AND. Es que, como rondamos dista que nos piyó la aurora...

ROQUE Está güeno eso.

AND. No hay que esconsolarse, que yegando á tiempo tóos oiremos la misma misa.

ROQUE ¡Si es que ya hemos oído nosotros la primera!

AND. Eso está mejor.

ROQUE Nosotros... ¡Pos como no rondamos! .. Porque en este partío, de un lao está una gente, y de otro lao está otra gente... Y á unos se les deja que canten y relinchen, y que armen el tirritremo; tan y mientras que los otros han de tener colgás las guitarras y atragantás las coplas, y recibir los gorpes.

ESCENA II

DICHOS. ANTÓN con vara de alcalde, por la izquierda

ANT. Adiós, hombres. Muchos os habeis quedao pa la segunda misa.

ROQUE Al cebo de la reunión. Porque... lo que dijo er otro: ¿ande va Vicente?

AND. A regañar con la gente.

ANT. Cuidao con eyo, y no buscarle las cosquiyas á mi autoridad, mociquics.

ROQUE Nada de eso. ¡Y que no se ha puesto nublo, pa que se exponga uno á mojarse! Sinós que uno dice su sentir.

ANT. ¿Y qué sientes tú? Vamos á ver.

ROQUE Yo... muchas cosas son las que siento... ¡Vamos, yo y tóos los del lao allá de la acequia... que semos bastantes. Pero como en usté, quien manda es er tío Maticas, que es er que le ha hecho arcalde, ya sabemos que nos toca conformarnos.

ANT. Ar tío Maticas se le oye aquí como si fuera er gobierno de su majestá, y lo que él dice, aqueyo se hace, y los que le van en contra... pos ni chistar, ni mistar, y quietecicos en casa, y á regar cuando el agua sobre.

AND. Y aquí nadie tiene una queja del tío Antón.

ROQUE Vosotros, ninguna. Como que, estando por el tío Maticas, ya no hay cosa que se os niegue, porque ahí teneis er páere arcalde.

ANT. Lo que hay, que estos no dan qué hacer.

ROQUE ¿Y nosotros? ¡Si nos quiere usté más abatíos

ANT. De esa moa es como habeis de veros, que ello es justicia. Y si os aguantais ansina, no lo mostreis ahora por virtud, sinós decid que es por lo que ya sabemos tóos.

AND. Porque se os marchó el hijo der tío Pascualo.

ANT. Ese; er cabeza de motín y er que os metía á tóos en pendencias y campanás. Pero ¡andaver, y echadle un podenco al hijo der tío Pascualo! Que fama de valiente la tenía, pero de tener pies también la ha ganado desde que echó á correr un año hace, y no tomó resuello hasta dar el pique en Orán.

ROQUE Como le acumunaron...

ANT. Le acumunaron lo que era verdad. Y aquel de vosotros que sepa escribir, que le ponga cuatro renglones pa decirle que por acá, que no güerva. Porque anque la causa no sigue aelante por farta de quien diga en ella lo que sabe... pos en mitad del ruedo está entoavía el toro, pa que baje á correrlo quien sea servido. Y como er muchacho se descorgara por acá, y yo le echase la mano encima... ¡vamos! Esta no es cosa del tío Maticas solamente, ¿sabes? Porque las tierras que me quitó er mozo pa que las arrendaran á su páere... Ponerle un papelico, que no güerva.

ROQUE Ya sabe él que no ha de gorver, ó le echarían ustés á un presillo... cuando no fuera á otro sitio más alto.

ANT. Con que, muchachos, que haiga juicio y obediencia. (A Andrés y los que salieron con él.) Y acompañarme vosotros dista er camino de En-medio, que allí me esperan los ceviles pa no sé que mandao del servicio.

AND. ¿Y si perdemos la misa?

ANT. Andar, que también yo la he de oir, y pa tóo habrá tiempo. Hoy la misa se retrasa, pa que la oiga el médico de Maciascoque, que viene á pasarle una visura al capeyán, que está delicadico. ¡Vamos andando!

AND. Vamos. (Van á marcharse por la derecha, cuando sale Pepuso por el sendero del fondo derecha.)

ESCENA III

DICHOS, PEPUSO. Viste el traje característico de murciano de la Huerta: zaragüelles, faja encarnada, chaleco claro, pañuelo de seda anudado á la cabeza, sombrero calañés de ala ancha y manta al hombro

PEP. (Entre dientes y mascando un puro.) ¡Mardita sea la simiente de la piyería!...

ANT. ¿Qué es eso, Pepuso? ¿Ya vienes rabiando?

PEP. (Con desabrimiento.) ¿Cuando no es Pascua?

ANT. Y siempre con tus zaragüelles puestos. ¿Cuando te los quitas, hombre?

PEP. Eso no lo consigues tú, por más arcalde y más perráneo que seas.

ANT. Si es que ya no se estilan

PEP. Pos yo los estilo, y á mí no me desnuda nadie de la ropa que es mía. Con zaragüelles me parió mi máere, y con eyos me han de dar el santo óleo er día que me toque acostarme en la tierra, que entavía hay pa rato. Ostés podéis vestiros según os diere la gana, y er que quiera empaquetarse con toas esas fantesías de ahora, yame ar sastre, que le apretuje, y échese cotilla, y ande sajado por las costuras y las cinchas. Yo, conforme á mi gusto y mis pareceres. Este es er vestío del panocho, y panochos semos, y ansina nos cría la tierra y ansina me aguanto, con la pata al aire, y la falda holgadica, y la botonadura güena, y la manta al hombro hasta el *Corpus*, anque el sol me fría. Y toa esta pompa, y tóo este orgullo. Y tabaco de Algezares, de contrabando, anque no arda. Y ya lo sabes, y no tengo más que dicirte, y ahí va un huertano.

ANT. ¡Cuidao que eres arisco!

PEP. Pos no me cambias.

ANT. Quédate con Dios.

AND. Y aliviarse.

PEP. (Entre dientes.) Andar enhoramala.

ESCENA IV

PEPUSO, ROQUE y MOZOS

ROQUE ¿Pos que es eso, tío Pepuso? ¿Hay algo?

PEP. Lo que hay... que aquí no se puede ya vivir, y que aquí se condena un hombre de puro rabiar, y que ¡ojalá, y Dios mandara una nube de langostas, ó anque fuera de alifantes, que nos hiciera á tóos cisco, á mí er primero, y ar tío Maticas er segundo, y en seguida á tóos los demás!

ROQUE ¡Qué razón que tiene usté!

PEP. Y hay, que entavía, tras de tanto castigo, vienen los mozos preguntándole á uno, que si hay algo... ¡Mardito sea! Como si hubiérais comido pepitas de chirigaita.

ROQUE Pimentón molido es lo que comemos.

PEP. No es mucho lo que os pica.

ROQUE ¿Qué, no rascamos?

PEP. Os rascais de incónito.

ROQUE ¡Si no hay más remedio!

PEP. ¿No lo ha de haber?... Sinós que no me seguís. Yo... ya sabéis ande estuve. Pos como si entavía soplase, echando los bofes por mi corneta, allá arriba, en la Cresta del Gallo, á las órdenes de Antonete. Er mesmo soy, y si por mi ley habían de ir las cosas... pos una noche ardería aquí una casa, y otra noche otra casa, y á la noche siguiente un maizal... Y arrasaba la provincia.

ROQUE Eso no se puede hacer, tío Pepuso.

PEP. Porque no me seguís.

ROQUE Porque no se puede.

PEP. Aquí er único que os sacaba chispas á fuerza de eslabón, era er chico Pascualo; pero dinde que se marchó, parecéis un rebaño que güele al lobo.

ROQUE Tamién eso es verdad.

PEP. Ya supieron por qué se le sacudían. Pero, anda, que si el muchacho tiene sangre...

ROQUE ¡Digo, si la tiene!

PEP. Pos si la tiene, él gorverá muy pronto. Le puse yo una carta... Porque nos escrebimos.

ROQUE Sí, ya sabemos.

PEP. Y le digo en el papel lo que ha de incendiarle el alma. Porque le digo... dice: «Aquí tienes oprimíos y sacrificaos á tóos tus amigos. Y á tu páere, lo saquean, y tu hermano está en las minas. Y además de la hacienda, te quitan la novia, que ya es de otro...» Conque, me paece que si no le trae por acá esta carretilla...

ROQUE Güeno; pero eso de la novia está mal dicho. A Pencho no le olvida María el Calmen.

PEP. ¡Cómo que no le olvida, la muy falsa, si hoy está, como la flor de la corona, toa güerta de cara al sol, que es er chico der tío Maticas!...

ROQUE Eso... no es ella; es que se han ladeao sus páeres...

PEP. Es ella. ¡Si no ha salío de en ca esa gente, asistiendo al muchacho con tóo el cuido, en los diez meses que ha tardao en reponerse dinde que recibió la herida!

ROQUE Porque quiso la probeciquia tenerlos ataos, y que no hicieran nada en daño de Pencho.

PEP. ¿Y tú te creesque una mujer da de sí tóo eso?

ROQUE ¡Si se quedó la criatura muertecica de pavor por su enamorao!

PEP. ¿Tú qué sabes, babieca? A mí nunca me la ha pegao ninguna mujer.

ROQUE Habrá usté querido á muchas.

PEP. A ninguna. Ya ves tú si las tendré conocías. Y esa chica der tío Migalo... ¡Pos, hombre! ¡ni más declarao!... ¿A qué andaría ella hoy como acabo de verla?... ¡Que la he visto yo!... ¿A qué andaría pidiendo pa una misa de salud que tiene ofrecida por el chico Maticas?

ROQUE Es que anhelaba la cura de Javier, pa que se arreglaran las cosas, y gorviera Pencho, y pudieran casarse.

PEP. Tú verás como hay boda, sin que el de Orán sea aquí mester pa mardita la falta ¡Y me alegraré! Porque de esa moa vendrá él con mayor coraje, y habrá aquí el estropicio que le estoy pidiendo á Dios.

ESCENA V

DICHOS, DON FULGENCIO que sale de la casa contigua á la ermita

FUL. ¡Jesús, Avemaría, la que nos aguarda!
PEP. Güenos días, don Fulgencio.
FUL. ¿Y á qué hora ha de empezar ese cataclismo? Que yo me ponga en seguro.
PEP. Tiene usté tiempo.
FUL. ¡Que habéis de estar continuamente echando culebrinas! ¿No os mueve á la amistad lo reposado y hermoso de este paraíso?
PEP. Ya sabe usté ande estuve.
FUL. Sí, hombre, sí; en la Cresta del Gallo. Pero no vuelvas á subirte.
PEP. Y aquí no hay otra moa que la mía, de matar mosquitos.
FUL. Bueno, bueno, haya paz entre los huertanos. Hoy os he retardado la misa.
ROQUE ¿Sale usté de ver al cura?
FUL. Sí; me ha llamado. A verle iba; pero está en el confesonario, y aguardaré á que despache. Parece que no anda bien.
PEP. Pos ahora lo apaña.
FUL. (Festivo.) ¿Llamándome á mí? Tienes mucha razón.
PEP. La enfermedad, y encima er médico... No me pillará á mí ninguno.
FUL. Lo creo; porque no darás tiempo. Tú te mueres de un estallido.
ROQUE Pues á mí, si no fuera tan caro, no me había de matar otro que don Fulgencio.
FUL. Gracias, muchacho. Dispón, cuando gustes.
ROQUE ¡Si ya se sabe! En siendo caso apurao, el médico de Maciascoque.
FUL. En este partido, vosotros sois los que matais al médico; nunca estáis malos.
ROQUE Un enfermo hay ahora... y de posibles... que dista que usté no le eche una mano de remiendo...
PEP. Y aunque se la eche.
FUL. ¿De quién habláis?

ROQUE De Javier, el hijo del tío Maticas.

FUL. Ese ya está bueno.

ROQUE Lo dicen, porque á fuerza de voluntad ha dejao la cama y corre por el mundo; mas yo me pienso que sigue maliquio.

PEP. Ese no levanta cabeza.

FUL. ¡Que ha sanado, hombres, gracias á Dios! Conque, acabo de toparme con su novia, que va pidiendo ya para la misa de salud...

PEP. Pos no hay más que lo que er deseo pinta.

ROQUE Y esa no es su novia

FUL. ¿Que no es su novia María del Carmen, la chica del tío Migalo?

ROQUE No, señor; no hay tal.

FUL. ¡Vamos, hombre! ¡cosa más manifiesta! A pedir para una misa de salud, ya nadie sale, si no es moviéndole el impulso de un cariño muy grande. Eso no lo emprende más que una madre, ó una hija... ó una enamorada, también, pero muy derretida.

PEP. (A Roque.) ¿Oyes lo que dicen los sabios?

FUL. ¡No es bochorno el que hay que pasar, ni *vía-crucis* la que hay que recorrer!... Pordioseando de puerta en puerta... que no haciéndolo así, no se cumple el voto... y aguantando rabotadas y atrevimientos de todo el mundo. ¡Vamos, hombre! Que esa muchacha, no solamente es novia de Javier, sino que... yo lo añado.. le quiere mucho.

PEP. Y al que se marchó, si te vide no me acuerdo.

FUL. ¿Y quién es el que se marchó?

ROQUE Pencho, el del tío Pascualo.

FUL. Verdad, que con mi tocayo era con quien la niña... Pues, hijo mío; lo que acaba de decir Pepuso.

PEP. Y lo que recalco.

FUL. Por otra parte, la muchacha... ¡pues ya se ve!... Como Pencho hizo lo que hizo...

PEP. Eso es lo que no se sabe.

FUL. Él bien tomó el falucho en Torrevieja y buscó tierra en Orán.

PEP. Porque se le iban á echar encima. Pero saberse... En la causa, al fin y á la prepartía

no se ha descubierto una razón. Javier declara que no conoce ar que le dió er gorpe; y como estuvieron solos... ¡eche usté por Churra, que es camino ancho!

ROQUE Además, que si ello fué...

PEP. Es que no hay que decir que ello fué.

ROQUE ¡Si no lo digo!... Lo que yo digo es, que si ello fué, en riña fué, con lo cual tóo anduvo á erechas. Que la herida no la sacó Javier en la espalda, que la sacó en mitad der pecho.

PEP. ¡Y güena!... De mano dura.

FUL. En fin, olvidad esas desdichas y disponed vuestra limosna, pues por allá se acercan María del Carmen y la zagalica que la acompaña.

PEP. (En actitud de irse.) Yo ni verla...

FUL. ¿Te duele el chaviquio?

PEP. Lo que me duele á mí... (Quedándose.) Va usté á saberlo.

ESCENA VI

DICHOS, MARÍA DEL CARMEN y FUENSANTICA. Salen ambas por la derecha, primer término, delante de la ermita. Visten traje de fiesta, de huertanas, y traen puesta mantilla con galón de terciopelo. María del Carmen saca en la mano un pañuelo de encaje, sujeto por las cuatro puntas, que contiene en su fondo algunas monedas

FUEN. (A María del Carmen, al aparecer en el fondo.) ¡A los que aguardan la misa!

MARÍA (Deteniéndose temerosa.) ¡Ay, Dios mío!... ¡Pos no están aquí pocos!

FUEN. Son del partío; no te dé vergüenza.

ROQUE María el Calmen, muy güenos días. Y tú tamién, Fuensantica.

FUL. ¡Frutos de bendición que cría la Huerta!

MARÍA (Avanzando y presentando el pañuelo.) ¡Una limosna por amor de Dios, para una misa de salud!...

FUEN. (A los del grupo.) ¡Andar! que viene muy fatigá la pobretica. Al amanecer ya estábamos en Murcia y hemos recorrido todo er barrio der

Carmen, y er de San Antolín. Dénle la limosna, que se siente y descanse un ratico.

FUL. (A María del Carmen que está presentándole el pañuelo.) Yo he soltado ya mi óbolo.

MARÍA (Avergonzada.) ¡Ay, es verdad!

FUEN. Dé usté dos veces, que pa eso es rico.

FUL. ¡Rico un médico agrícola, y motejado de sabio por añadidura! (A María del Carmen.) Perdona por Dios, hija mía.

MARÍA (Dirigiéndose á los otros.) Para una misa de salud... Una limosnica...

PEP. ¡Quítate allá! Si fuera pa el *réquien*...

FUEN. Ansina le despidan á usté la tarde der juicio.

ROQUE (Echando una moneda en el pañuelo.) Pos yo sí que echo mi perrica. Porque yo veo de ande sale esa misa y á lo que entra.

MARÍA Dios te lo pague, Roque. (A otro mozo que da limosna.) Y á tí tamién.

FUL. Ya irá creciendo ese dinerillo.

MARÍA ¡Ay, qué despacio, señor doctor! En la ciudad casi nadie tiende la mano, porque no se fían. Y aquí, en la Huerta... ¡como cada cual nesecita su centimico!...

PEP. Eso, er que lo tiene.

FUEN. Si no se lo dejaran muchos en er ventorriyo...

FUL. ¡Eh, zagala!... ¡Esta también atiza!

MARÍA ¡Ojalá y valiera echar de un gorpe toa la añadidura! Mas no se puede meter ni tan siquía un chavo partío.

FUL. Así, cuanto más penosa, tiene la obra mayor mérito. Y mejor palma verá en ella, quien de ella es causa y motivo; que ya estamos por acá enterados de cómo y por qué, y de toda la cosa.

MARÍA ¿Y yo lo disimulo?

PEP. (A Roque.) Oído al clarín.

FUL. Bien se suspiraba, ¿verdad?... por esa salud que hoy reflorece.

MARÍA Sí, señor, sí; con toas las ansias de la vida. (Se sienta á la izquierda en la piedra, debajo del árbol.)

FUL. (A Fuensantica.) Está triste.

FUEN. No es tristeza, sinós fatiga. Cerca de un año yeva, sin un día de quietud. Pos asina han de ser las cosas, mire usté. Este es er querer verdadero.

FUL. ¡Oigan, oigan al arrapiezo! ¿Tú que sabes?

PEP. Más doctora es, que usté. Nacen enseñáas.

ROQUE Ya tiene la zagala su sentío.

FUEN. ¡Mira! Y mi novio.

FUL. ¿Ya tienes novio tú?

PEP. Y tendrá dos cuarsiquier día. Pa eso estudia con la otra. (Señalando á María del Carmen.)

FUEN. Anque fueran dos; ¿no me los merezco?

FUL. Y te merecieras veinticinco, que eres muy donosa. Muéstrame al afortunado. ¿Es alguno de estos?

FUEN. Estos tienen tóos el humor consumío. Yo soy alegre, y mi novio es Jusepico. ¿No le conoce usté?

FUL. Muy señor mío...

FUEN. ¡Quiá! no crea usté... ¡es otro arrapiezo! Mas yo le quiero porque se ríe.

FUL. ¡No ha de reír, si tú le quieres!

FUEN. Pues, oyasté, y mire si es lástima: que tamién tenemos nuestros pesares.

FUL. ¿Fatiguitas también?

FUEN. Jusepico, al cabo, no tendrá más remedio que robarme.

FUL. ¿Sería capaz el bergantuelo?

FUEN. No; si es que él no quiere. Yo soy la que se lo digo: ¡será mester! porque como él sirve en cá el Pascualo, y yo estoy en cá el Maticas... ya sabemos la enemiga que hay de un lao ar otro de la acequia por mor del dichoso riego.

FUL. Calma; ten calma, que no te corre el tiempo.

FUEN. ¡Ay! Sí, que me corre; que he de poner las hojiquias frescas en los zarzos.

FUL. ¿Tienes al gusano sin desayunarse? ¡Anda, que se va á perder la seda!

MARÍA (Que se ha levantado.) Sí, vamos.

FUEN. ¿Con este retestín de sol y estás muertecica?... ¿No ves que hay que dar aquí la güerta, pa cuando sargan de la misa?

MARÍA Güeno, te esperaré.

FUEN. Dame er pañuelo, pa aplancharle un poquico y meter esta limosna en er cacharro. Tú aquí te quedas, pichona, al cobijo de esta enramada. Quítate la mantellina, que te acalora y sufren los claveles. (Quítale la mantilla.) ¡Y también sufren mis azahares! (Quítase la suya, descubriendo las flores de azahar que lleva prendidas, así como María del Carmen ha descubierto sus claveles. Dobla las dos mantillas y las deja sobre el asiento.) Aquí las guardas pa gorver al pordioseo; y con Dios, bonica. (La besa.) Con Dios, don Fulgencio; con Dios, vosotros. (Vase por la izquierda con el pañuelo de la limosna.)

ESCENA VII

DICHOS, menos FUENSANTICA

FUL. (Dirigiéndose á la casa de junto á la ermita.) ¡Eh, ya se habrá desocupado el padre!

ROQUE De moo, que antes que den el repique...

FUL. Sí, tenéis tiempo para ir vosotros á repicar al ventorrillo.

PEP. ¡Vamos, entonces!

FUL. Que os vaya bien. (Entra en la casa.)

MARÍA (A Pepuso, deteniéndole.) No se marche usté, tío Pepuso, que le tengo que hablar.

PEP. (Parándose.) Mira, que yo tamién tengo gana de plática contigo.

MARÍA Pos más al caso...

PEP. (A los otros, que le aguardaban al fondo.) Pasar aelante.

ROQUE Dista despué. (Vase con los demás mozos por el fondo derecha.)

ESCENA VIII

MARÍA DEL CARMEN y PEPUSO

MARÍA (Con voz contenida, dirigiéndose anhelosa á Pepuso.) ¿Qué sabe usté de Pencho, tío Pepuso?... ¿Ha escrito?

PEP. ¿Pa qué quieres tú saber de ese hombre, ingrata, desconocía?

MARÍA ¡Válgame Dios, cómo me está usté hablando!... ¿Qué he hecho yo?

PEP. ¿No has hecho náa, mociquia, y te has apartao de la afición del hombre que más te amaba?

MARÍA ¡Jesús! Esa es una falsedad muy grande.

PEP. No tengas dos caras; que de tu obligación has renegao, y el cariño que era de Pencho se lo diste á otro, y la inominia mayor es que eso haya sido á su contrario más declarao.

MARÍA ¡Pero, señor!... ¿Quién le ha dicho á usté estas cosas?

PEP. ¿Qué más decir, que estarlas viendo yo y tóo er mundo? Pos, ¿qué lástima le tienes, ni qué miramientos al probe que anda amenazado y huído por aquellos climas del Africa? ¡Él, que fué tu compañerico enamorao y que se marchó con tu nombre puesto donde se pone el escapulario!

MARÍA ¡Si es que usté no sabe lo que se dice!

PEP. Lo que estos ven, hija mía!... (*Señalándose á los ojos.*) Pero, deja, que si me pedías informes, yo puedo dártelos. Y la última noticia que hay del muchacho, es... que yo le he escrito el otro día.

MARÍA ¿Le escribió usté?

PEP. Sí; que se venga.

MARÍA ¡Jesús divino!

PEP. Me dije yo: esa misa... la que tú ofreciste... no va á haber quién la ayude con bastante devoción... Y te busqué er monaguiyo.

MARÍA Es imposible. ¿No ve usted que si Pencho llegase á venir estaba perdido?

PEP. Deja tú, que nunca llueve como truena.

MARÍA ¡Madre santa de la Luz! No permitirás tú esa desventura. Pero, ¿usté calcula que él lo creerá?

PEP. Si no se le ha achicado er genio...

MARÍA ¿Qué le ha escrito usté, entonces?

PEP. Lo que era debido. Que están hurtándole tu amor, y que tú te ablandas.

MARÍA ¡Oh, habiéndole escrito tal cosa, Pencho se viene!... ¡Quién duda que viene! ¡Viene sin que la Providencia nos valga!

PEP. El que se precia de digno y de valiente, eso es lo que hace; acudir aonde le quitan lo suyo.

MARÍA Si es que está usté soñando desatinos. Yo no le niego mi amor, ni se lo hurtan, ni hay quien lo lograra. ¡Le quiero como á la luz que ven mis ojos y al aire que entra en mi pecho! Porque me han visto que acompañé á Javier, y allí, clavadita junto al lecho, le asistí pa ganar poder en la casa á fuerza de anhelo y dulzura, ¡ya se han creído que al de allá, á mi desterrao, yo le vendía! ¡Si tóo ha sido por él, tío Pepuso!.. A usté se lo digo. ¡Por él... que también le traigo yo aquí, no aonde el escapulario, sinos más aentro! ¿No ve usté que si Javier se curaba, callábanse los suyos y la causa no gorvía á abrirse, y de esta moa era como á Pencho le era posible regresar el día de mañana y vivir en la Huerta sin sobresalto? La salud del herido.. ¡ya se ve que por ella he luchado!... ¡Con tóo el esfuerzo y con toa la angustia! Y según el enfermo se recobraba unas veces y otras veces se abatía, le pasaba á mi corazón igual que si fuera er gusano nuestro de la seda, que con el sol se esponja y con el frío se encorvilla. ¡Lo que ha rezao mi boca! Y estas manos, ¡lo que se han levantao al cielo así cruzadas! Y las piedras de esta ermita tamién he venido á besarlas muchismas veces. La Virgen me ha oído ar cabo. ¡Bendita sea! (Llora conmovida.)

PEP. (Algo turbado; después de una pausa.) Güeno... Porque ya estás tú ahora mismo con los ojos llenos de lágrimas.. y á mí que me den hombres y tigres, pero no plañideras. Remaniente á tu voluntad, ella no se habrá mudao. Pero lo que hay, es que er chico Maticas, con la frecuencia de verte y el mélis con que le asististe, se prendó de tí, y está encendido y quiere casarse, y tus páe-

res te inclinan á su querencia por la codicia del mayorajo, y te llevarán á la iglesia, ¡y de Javier serás, tan cierto y tan fijo, como éste es suelo de la Huerta infortunada! (Dando en tierra con el pié.)

MARÍA Eso sí que es tal como usté dice. ¿Ve usté? No se lo oculto. Lo de Javier... Y lo de mis páeres. ¡Y esta es mi tribulación! Pero no hay que temer; mi alma es de Pencho; de Javier, nunca, ni de nadie más. Usté dígaselo; yo no tengo quien me ponga una carta. Que le guardo mi fe y que él es mi amado. ¡Pero que no venga, por el amor que me tiene! Escríbaselo; que no venga, porque se pierde.

PEP. Si á la postre habrá de venir; porque te reducirán.

MARIA Nunca en la vida. ¿Quiere usté que se lo jure? Como si se lo jurase ar propio Pencho. Mire usté; por estas cruces. ¿Le va usté á escribir?

PEP. (Yendo á marcharse de golpe.) Lo que hago yo es no seguir escuchándote...

MARÍA (Deteniéndole.) Venga usté acá. Prométame lo que le pido.

PEP. (Queriendo escapar.) Mujer...

MARÍA ¡Si va usté á consentir!...

PEP. ¡Claro, como estás llorando!...

MARÍA ¡Vamos, que ya le tengo á usté mío!

PEP. (Después de vacilar.) Te advierto que vas á ser tú la primera mujer de quien me haiga fiado.

MARÍA Se puede usté fiar.

PEP. Es que vas á engañarme.

MARÍA ¿Y lo que he jurao?

PEP. Además, eso de decirle ahora; párate y hazte á zaga... Estos no son los sermones que yo predico. Porque desciendo de la Cresta del Gallo.

MARÍA Mas le tiene usté ley á nuestro Pencho, y anhela su salvación, y usté no quiere traérselo como un cordero, atao de piés y manos, pa que lo sacrifiquen.

PEP. Por supuesto que no.

MARÍA Entonces...

PEP. Entonces... ¡güeno!... yo le voy á escribir; pero tú has de soltar prenda.

MARÍA ¿Y cuál?

PEP. La prenda que tú sueltas, es que yo descuelgo hoy mi trompeta y principio á salirme por ahí echando pregones de que tú no te casas con Javier, ni le quieres, ni tal niño muerto.

MARÍA Sí; pregónelo usted.

PEP. Y tú coges y te vas por tu lao á publicar la Bula, diciendo que lo que yo digo es la santísima verdad, como si la predicasen á coro los cuatro evangelistas.

MARÍA ¡Si nunca dije cosa en contrario!

PEP. (Mirando á la izquierda.) Pos por allí vienen los que han de oir el primer evangelio.

MARÍA Mis páeres.

PEP. Ellos. Porque los primeros desengañaos han de ser el marrullero de tu páere y la avarienta de tu máere. Ahí están.

ESCENA IX

DICHOS, CONCEPCIÓN y MIGALO, por la izquierda; Concepción con mantilla galoneada, Migalo con montera de felpa, zaragüelles y bastón

CON. (Parándose indignada.) ¿No te he dicho, que la veía charlando con Pepuso?

MIG. (Tranquilo, parándose detrás de su mujer.) Dios guarde.

CON. (Dirigiéndose á Pepuso con aire amenazador.) ¿Qué hablaban ustés con la chica?

PEP. Lo que nos daba la gana.

MARÍA Máere, por Dios, que no era ná malo.

CON. Ya sé yo lo que sería.

MIG. Ya lo sabe tu máere.

CON. (A Pepuso.) Más valiera que se fuese usté á sus faenas.

PEP. ¿No ve usté que hoy es fiesta?

CON. Y er favor que usté va á hacernos, es que

cuando se halle con la muchacha, no la dé ni tan siquiá los güenos días.

PEP. ¿Quién na tirao ese bando?

CON. Lo tiro yo. Y tamién mi marío.

MIG. Tamién.

PEP. ¡Valiente camastrón!

MIG. ¡Yo!... ¡Ca... ba... ye... ros!...

CON. A la chica no le importan las coplas que usté canta. Tiene ella otros pensamientos y otros compromisos, y la caso, mediante Dios, muy prontico, con quien la hará una infanta de las Españas, y á mí una reina màere, y á éste un rey páere.

PEP. ¡Pos no nos aguarda mal estrépito de marcha real!

CON. Y muy decidía que está.

MIG. Y muy enamorada.

PEP. Si atento de esta cuestión estábamos justamente conversando.

MARÍA Sí; de eso era.

PEP. ¿Está usté? (A Migalo.) ¿Y estás tú?... Y lo que dicía la moza, era que aquí no ha de haber tal matrimonio, ni hay tal compromiso, ni eya quiere, ni ese es el viento.

CON. (Volviéndose airada á María del Carmen.) ¿Que le dicías tú eso?

MARÍA (Serena.) Sí, máere. Lo mismo que siempre he estáo diciéndole á usté. Usté ya sabe que yo no soy libre, que tengo mi fé jurada á Pencho. Y ahora, lo que sá mester, es ponerlo tóo bien claro, porque las cosas van mostrándose muy fatigosas y muy apuráas; y por fuerza hay que esengañar á tóo el que esté engañáo.

CON. (A Migalo.) ¿Has visto qué desvergüenza?

MIG. ¡Ca... ba... ye... ros!...

MARÍA Lo juráo es lo juráo; y ustés lo supieron y lo consintieron. Y lo que se tiene acá, máere... (El corazón) eso echa una raíz que no se arranca.

CON. ¡Tú la arrancarás!

MARÍA Déjeme usté, máere. Que eso no puede ser. ¡Por el árbol de la Cruz y por la Virgen de la Fuensanta!

PEP. (A Migalo.) Apóyala tú y no dejes que persigan á tu hija. ¡Saca medio ardite de carácter, hombre, aunque sea!

MIG. Carácter, ya sabes tú que no me falta. Igual que á tí. Ya ves que no me he quitao los zaragüelles, y soy de los pocos.

PEP. Los zaragüelles, tú los yevas, porque no tienes en casa pantalones que ponerte; tu mujer los ha escondío.

MIG. ¡Ca... ba... ye... ros!...

PEP. Firme ese valor, María el Calmen. No premitas que te desencaminen.

CON. Vayasté enhoramala.

PEP. Y no empeñarse vosotros en yevarla al degolladero, pues como yo vea que atormentáis á la criatura, voy y la robo, pá llevársela á Pencho. ¡Y agur!

MARÍA (A Pepuso.) Que escriba usté hoy mismo, ¿verdad?

PEP. (Deteniéndose y volviéndose.) Sí, señora; hoy mismo. Que le conservas agarrao á las entretelas.

MARÍA ¡Y que se detenga, por María Santísima! (Vase Pepuso por la derecha.)

CON. (Dirigiéndose á su hija, muy encolerizada.) Yo te diré si eres libre ó no eres libre.

MIG. (Desde el fondo izquierda.) ¡Chist!... Que viene Javier en la compañía de su páere.

CON. (Cambiando de tono.) ¡Hija, por el amor de Dios!

MARÍA Deje que vengan.

ESCENA X

MARIA DEL CARMEN, CONCEPCIÓN, MIGALO. DOMINGO y JAVIER, por el fondo izquierda.

DOM. (Señalando á María del Carmen.) ¡Mírala, mírala! Aquí la tenemos.

CON. (Muy afable.) Sí, señor; aquí está.

MIG. (Saludando á los recién llegados.) Dios guarde.

JAV. (Disimulando la fatiga que trae y sonriendo á María del Carmen.) Donde nos han dicho.

MARÍA ¿Sabían ustés de mí?

JAV. Por Fuensantica.

MARÍA ¡Y has venido, con este rechichero!

CON. ¡Ay, estos enamoraos!

JAV. No importa la calor. Me tardaba el verte.

DOM. (Mostrándole el poyo.) Siéntate y descansa.

JAV. No estoy cansao.

DOM. (Tratando de conducirle.) Siquiá un momento.

MIG. (Cogiéndole del otro brazo.) A la rica sombra.

JAV. (Desasiéndose de los dos.) ¡No estoy cansao, páere!... ¡Muchisma sed, es lo que tengo! ¡Me abraso! (Airándose, á su padre.) ¡Y usted, sin compasión, gozándose en verme sufrir!

DOM. (Atribulado.) ¡Por el Cristo de la Sangre, hijo!

JAV. En cada vivienda del camino, corgao de la parra el botijón, allí rezumándose el agua fresca... ¡y yo privao!... ¡Tentaciones me daban de tirarme de bruces y beber en la corriente de la acequia!... ¡anque me matara usté!... Porque es mucha tiranía. (Cansado por la vehemencia con que se ha expresado, busca maquinalmente el poyo de la izquierda y se deja caer en él.)

DOM. (Acudiendo.) ¡Te cansas!

JAV. ¡Sí, es verdad! Estará usté contento; ya me he fatigao. Adviértamelo pa que no se me pase.

CON. (Bajo á Migalo.) Está frenético.

MIG. ¡Pa que le yeven la contraria!

DOM. No te enfurezcas, hijo; que anque ya vas estando güeno...

MIG. A Dios gracias.

JAV. (Con dolor reconcentrado.) ¡Güeno!... ¡Si estoy yo muy güeno!.. ¡Las telarañas que tienen ustés en los ojos!... ¡Qué he de estar güeno yo! (A María del Carmen.) No pidas más limosna, nenica; tú te has precipitao. ¡Yo, qué he de estar güeno!

MARÍA (Ansiosa.) Pos, ¿qué tienes, Javier?

JAV. Otra vez me ha entrao esta noche la fiebre.

MIG. Esas son escurriduras que quedan.

DOM. Ya las barrerá el facultativo que voy á buscarte.

JAV. ¡Estoy harto de médicos y curanderos, y de brebajes! Lo que están es envenenándome.

DOM. Pero don Fulgencio, el doctor...

JAV. (Con expresión.) ¿El de Maciascoque?
DOM. Ya ves.
MIG. La primera eminencia de la Huerta,
JAV. Ese es un hombre muy sabio.
MARÍA A ver al cura se entró.
DOM. Allá voy á buscarle. (Toca la campana de la ermita y acuden de todos lados hombres, mujeres y niños que van entrando en la iglesia, entre ellos Andrés y los mozos que le acompañaron.)
CON. El último toque.
MIG. Vamos á cumplir.
JAV. (Que ha seguido meditando.) Ese doctor me entenderá.
CON. Hasta luego, Domingo.
DOM. (Bajo á Concepción y á Migalo.) ¿Qué dice esta indina?
CON. Muy rebelde está.
DOM. Ella ha de ablandarse.
MIG. Si Dios quiere.
DOM. Dejármela á mí. Vamos á hablar, María el Calmen.
CON. (A su hija.) ¿Oiste misa en Murcia?
MARÍA En San Antolín.
CON. Pues ahí te quedas. (Entra en la ermita seguida de Migalo.)
JAV. (A Domingo.) Pero por más que me entienda, no ha de poder curarme. (Mirando con expresión amarga á María del Carmen.) ¡Si mi mal no es de médico, páere!
DOM. Ya sé yo lo que es. Y á tóo miraremos. Ahora voy por el doctor. Luego... No te separes de aquí, María el Calmen.
MARÍA No me separo, no.
DOM. Espera á que salga. (Entra en la casa de junto á la ermita.)

ESCENA XI

MARÍA DEL CARMEN y JAVIER

MARÍA (Llegándose á Javier que la mira tristemente, sentado á la izquierda.) Eso no vale nada, Javier. Tu mal ya va de vencía.

JAV. (Cogiéndole una mano.) Mi mal... ¿Tú crees de veras que va de vencía? ¿No sabes María el Calmen, en lo que está mi mal?...

MARÍA (Apartándole suavemente la mano.) ¡Javier... dejemos eso!

JAV. (Levantándose.) Mi mal es lo que te quiero, nenica, y que estoy pidiéndote indulto y no te adoleces de mí.

MARÍA (Atribulada.) ¡Y tú, de mí, tampoco!

JAV. Yo no sé qué hechicería y qué esclavitud son estas en que me tienes, que me abraso er pensamiento, y aniquilo mi vida triste, y no hay para mi alma otro pan de gracia que verte y oirte y codiciarte. (Con exaltación febril.) ¡Eres tan bonica, que tú iluminas la tierra; y allí donde no estás, el mundo se pone negro!

MAPÍA ¡Oh, no sigas, no sigas!

JAV. (Decayendo, llorando.) Sí, ya sé que mis amores te enojan. Condenao me ves, y de tí no logro caridad ni misericordia.

MARÍA Sí, que te la tengo. Y de mí tamién.

JAV. Pos si me la tienes, ¿por qué no me acorres con tu amor, que es mi sola esperanza? (Con ternura, acercándose á ella.) Tu cariño sí que me degorvería la salud y el contento. Como quisieras ser mía, ¡verias entonces!... Me hace bien tan sólo el imaginarlo. Tú, mía; los dos en nuestra vivienda pequeñica y blanca; tú, dándome cordiales, yo prendiéndote claveles; cuidando tú mi salud, yo tu hermosura. A la calor de tus brazos, derretido este hielo que traigo aquí, señal de muerte; y el respiro ahogado que me acongoja, abriéndose y recreándose con el oreo de nuestra arca, perfumá con manzanicas... aquella arca nuestra donde tendríamos mezclada tu ropica y la mía; tu zagalejo bordado y mi manta aljezareña.

MARÍA Tú sí que no me tienes lástima.

JAV. Eso me respondes siempre. ¿Yo, lástima de tí? ¿por qué? ¿Es mía la culpa de lo que nos pasa? ¿Por qué viniste tú á cuidarme? ¿Por qué te hallé delante de mis miradas dinde que abrí los ojos, gorviendo de la

agonía, y por qué has seguido á mi lado, que yo te viese á toas horas, y gustara tu esmero tan afanoso y tan dulce? Venías á hacer por mi salud, para quitármela en seguida. ¡Lo que debiste, fué dejarme morir de la puñalá que me pegó tu Pencho!

MARÍA ¡Por qué acudí, me preguntas! Voy á decírtelo, pues ya es forzoso. Bien pudiste adivinarlo, y yo así lo esperaba, que noble tienes la sangre y no te se ocultan los güenos pensamientos. A ganar tu amistad y la de los tuyos: á eso fuí, ¿lo distingues ahora? A que el paso de mis angustias te penetrara, llegándote al corazón. Fuí á ver si ojeaba de estos lugares los rencores y los castigos. A que viendo mi devoción y mis anhelos, te sintieses agradecío y me dijeses un día: María el Calmen, dile á Pencho, que güerva, que ya nada tiene que temer, que le perdono. ¿Has visto ahora la intención con que acudía? Yo á lo que iba, á alcanzar el perdón, la palabra de paz, la lumbre del sol que se ha oscurecido pa tóos nosotros.

JAV. ¡Cómo lloras por ese hombre, cómo le amparas!

MARÍA ¡Dí esa palabra, Javier! ¡Perdona á Pencho!

JAV. ¡No le perdono, no! Sentenciado le tengo, y á tus brazos no yegará.

MARÍA ¿Le quieres perder? Anda, vé y delátale.

JAV. No le delato. En la causa me callé, y sigo tan mudo. No temas, que no le entrego á la justicia; le guardo para mí. Y también ese es camino... mira tú... de que me recobre pronto. Porque dinde que me tendió aquella noche junto á la acequia, dejándome por muerto, le tengo jurado que he de ir á su encuentro para pagarle, y con las usuras, toda la cuenta que con él tengo.

MARÍA Eso, Dios no lo permitirá. Y yo podré evitarlo, porque no cesaré de rogarte... (Acercándose á Javier.)

JAV. Aparta, que no escucho ya más ternezas para engañarme. Yo no quiero de tí más que una merced: la de que seas mía.

MARÍA Esa no.

JAV. Pos, nada más; ¡ni tu compañía, ni tu amistad, ni la gloria del cielo!

MARÍA ¡Desdichada de mí!

JAV. ¡No tienes entrañas!

ESCENA XII

DICHOS. DOMINGO, que sale de la casa contigua á la ermita. Desde el fondo tiende Domingo una mirada á la escena; comprende lo que acaba de pasar entre los dos jóvenes; hace un movimiento de resolución y se adelanta

DOM. (A Javier.) Ya está empezá la misa.

JAV. Bien, voy.

DOM. Allá te he mandao guardar un ladico en el banco. Anda, que ya hablé al doctor, y esta tarde quiere verte.

JAV. Mi medicina no la puede él recetar.

DOM. Hemos de hallarla.

JAV. (Acercándose contrito á María del Carmen.) María el Calmen.. ¡no me guardes rencor!

MARÍA No te le guardo. (Javier entra en la ermita.)

ESCENA XIII

MARIA DEL CARMEN y DOMINGO

MARÍA ¿Le visitará don Fulgencio?

DOM. Sí. Le he ofrecido por la cura del chico, toa mi hacienda. Mas ¿sabes lo que me ha dicho el doctor?

MARÍA ¿Qué ha dicho?

DOM. Lo propio que acabas de oirle al enfermo. Como le he hablado al médico, igual que si fuera al confesor... Pos dice, que para esa cura, lo primero que hace falta es una droga que no la venden en la botica.

MARÍA (Ya temerosa.) ¿Y cuál quería decir?

DOM. Yo no soy médico; pero como soy páere... la ley de páere enseña mucho... y mis pareceres están conformes con los del doctor: que

para que sane el muchacho, hay que quitarle la pasión de ánimo que le devasta el sér. Por eso te dije que necesitaba hablar contigo.

MARÍA Y aquí estaba yo aguardándole.

DOM. Pos vamos á lo debido.

MARÍA Diga usté.

DOM. Este hijo es la niña de mi ojo derecho, y le quiero más que á la sangre que me corre por las venas, y tanto como al sitio que haya de tocarme en la gloria. ¿Lo sabes tú?

MARÍA ¡Oh, sí señor! Ya lo creo.

DOM. Pos este hijo se me muere.

MARÍA ¡Virgen santa! No diga usté eso.

DOM. Digo que se me muere, si antes de tóo no se le limpia de la carcoma que le corroe la existencia. Te quiere, y tú te has de casar con él.

MARÍA ¡Domingo!...esa porfía hay que abandonarla.

DOM. Espérate y óyeme; que yo no vengo á suplicarte, zagala, ni á rezarte oraciones con las rodillas hincás en tierra como el pobre alucinao de mi hijo.

MARÍA Usté ya sabe lo que hay...

DOM. ¿Qué es lo que hay? ¿Que quieres al de Orán? Cuanto más le quieras, mejor. Yo no tengo celos, y antes me regala el oirlo. Porque si le quieres tanto... á un sacrificio por él tú no te niegas.

MARÍA Por él me tienen ustés clavada en cruz, y lo resisto. ¿Qué no he de sufrir yo por él?

DOM. Eso está muy güeno. Lo mismo que yo por mi hijo. Pos el sacrificio que tú debes hacer y que Pencho nesecita de tí, es que te cases con mi heredero.

MARÍA ¿Y por qué le es á él necesario que yo rompa mis promesas?

DOM. ¿No te acuerdas de la causa?

MARÍA En la causa, ninguno acusa á Pencho.

DOM. Hasta ahora.

MARÍA Javier nada declaró.

DOM. Es muy cierto.

MARÍA Ni declarará. Acaba de ofrecérmelo.

DOM. Mas puedo declarar yo; y como yo lo haga,

le echo encima la cadena para toa su vida. Y si mi chico se muriese á la postre... yo no sé, pero en ese caso, mal le habría de oler á Pencho la cabeza, porque le llevaría al palo.

MARÍA ¡Usté puede declarar!

DOM. Haciendo en la causa más luz que el muchacho. El muchacho, ¿qué puede decir? «Este fué el que me dió el gorpe...» Muy fuerte acusación es esta, pero se queda en un dicho. Yo puedo probarlo.

MARÍA ¡Oh, Dios de los cielos!... ¡Calle usté!

DOM. Acércate; vas á oir. Yo puedo probarlo... Porque la noche aquella del lance... Yo ya sabía lo que pasaba... Las querellas por la tanda del riego venían enconás .. muy sañudas... Nos habíamos traído del lado de acá toa el agua, y los otros no regaban hacía ocho días. La gente moza iba ganosa de reñir, y andábanse á la husma desde que anochecía, los dos partidos; el chico del Pascualo á la cabeza de los unos, y el chico mío al frente de los otros. Yo rondaba solo, vigilando, siguiendo de cerca al grupo de Javier... Pero la noche del encuentro, no sé por dónde me llevó mi paso, que me desvié, y me fuí muy distante... Las provocaciones, los insultos, los reniegos... después las carreras de la fuga... tóo eso, lo oí mientras me acercaba corriendo. Cuando llegué, allí ya no quedaba más que el cuerpo de mi hijo, ensangrentado y agonizante... Miento, no digo bien, que allí quedaba algo más. Quedaba el arma con que á mi hijo le habían atravesado los pulmones; ensangrentá tamién, y arma conocida. El arma de Pencho, porque estaba señalada. ¿Nunca lució tu novio su faca delante de tí? Estaba marcada: tiene en la hoja una leyenda, que se la aprendieron en la Huerta tóos los mozos y la cantan en sus coplas. Esa arma, yo la recogí; la tengo en el fondo de mi arca. Ya consideras ahora que el día que vaya y la ponga sobre la mesa del juez, tu Pencho está sentenciado.

MARÍA ¿Y cómo creerá el juez?...

DOM. En la riña saltó del mango una de las cachas, y esa la halló la justicia. Por su labrado y por el ajuste, se verá que de donde saltó fué del arma que yo presente.

MARÍA (Aterrada.) ¡Oh, piedad, Domingo!... Usté no hará eso; usté no quiere hacerlo, porque también se calló.

DOM. Yo me callé porque me lo mandó mi hijo. Porque en cuanto que le decía yo de cantar, se ponía furioso y se le enconaba la calentura, y yo era muy cobarde delante de él, que podía morirse. Pero lo que es ahora... aunque me lo mande. Así como así, tamién se ha de marchar... ¡Por qué no habrá esperanza!... ¡cómo si oyera los dobles!... De suerte que... te lo juro, como me llamo Domingo y como me llaman Maticas: si tú no te casas con Javier, que será salvarle y degolvérmelo, yo descubro el arma de tu Pencho, que será perderle y condenarle.

MARÍA ¡Qué acción tan negra, Dios mío!... ¡Y qué crueldad y qué infamia!... ¡sí! ¡qué infamia, amenazarme con ella!... ¿Por qué me piden ustés que yo cometa una traición? ¡Si es imposible! A su hijo de usté se lo decía ahora; á usté se lo repito. De Pencho, en vida; de Pencho, en muerte, y á la madre de Dios me confío; que ella me abrigue, que ella nos salve.

DOM. ¿Es, entonces, que no accedes?

MARÍA ¡No accedo, no!... y sea lo que Dios disponga.

DOM. Alábate, pues, de que pierdes á ese hombre.

MARÍA ¿Que le pierdo?... No es verdad. ¿Ve usté? Ahora doy en ello. No; no le pierdo. Porque él está lejos y está en salvo. Aunque le delaten y le sentencien, allá, donde está, no le echa mano la justicia. No puede usté hacernos ese daño; estamos seguros.

DOM. El allá, fugitivo y errante; tú aquí sola y aborrecida. Y sin una confianza de ir á reunirte con él, porque esta boda que desprecias la habíamos gobernado con tus páeres, y ellos te tendrán sujeta y vigilada.

MARÍA Aquí viviré cautiva, pero fiel á mis amores.

DOM. ¿No te doblegas al fin?

MARÍA Ya lo oye usté.

DOM. Pos entonces... ¡pobreticos de tóos!... ¡El río ha de crecer con el llanto que en la Huerta tóos derramemos.

MARÍA Alabado sea el Señor.

DOM. Él nos ayude.

ESCENA XIV

DICHOS y FUENSANTICA por la derecha

FUEN. (Saliendo apresurada y jadeante.) ¡María el Calmen!... Oye... ¿No sabes?... Vengo de aquel lao... porque dí la vuelta... pa menesteres... y allí está... adivínalo. ¡Tu novio, el chico Pascualo!

MARÍA ¡Pencho!

DOM. ¿Has visto tú á Pencho?

FUEN. ¡Tan guapo!

MARÍA (Aterrada) ¡No es posible!

FUEN. ¡Tóos tan asombraos! Acaba de yegar.

MARÍA ¡Virgen divina, madre mía!... eso no será cierto.

DOM. ¿Le has visto tú?

MARÍA Está soñando esta criatura.

FUEN. ¡Qué he de soñar, tontica, si acabo de estamparle dos besos, uno en cada mejilla!... ¡Ay!... perdona... (Volviéndose á Domingo.) Y usté también... Pero se los he dao sin malicia.

DOM. Entonces, ese hombre está aquí.

MARÍA (Atribulada.) ¡El cielo nos asista! (Mira despavorida por todos lados de la escena; ve salir á Pepuso y corre hacia él.)

ESCENA XV

DICHOS y PEPUSO por la derecha del fondo. Sale mostrando también gran tribulación y mirandc á todos lados

MARÍA (A Pepuso.) ¿Ha llegao?... ¿Está en la Huerta?...

PEP. Ya no hay por qué escribirle. Aquí le tenemos.

MARÍA (Abrumada.) ¡Triste de mí!...

PEP. (Dándose en la cabeza.) ¡Y yo le he traído!... ¡Le metí en la boca del lobo!... Allí se queda; en el ventorrillo.

MARÍA ¡Esta es nuestra perdición!

PEP. ¡El saber yo escribir! ¡Marditas mis letras!...

MARÍA (Bajo á Pepuso.) ¡Que se güerva, que huya otra vez!...

PEP. Ni huir ni esconderse. Me lo quise yo yevar... ¡qué!... Viene hecho un toro.

DOM. (A Pepuso.) De suerte que llegó ese mozo.

PEP. (Irguiéndose y con aire de reto.) Más alentao que nunca; desafiando á tóo el reino.

DOM. (A María del Carmen.) Menos distante está que tú le creías.

MARÍA ¡Gracia, Domingo! ¡Piedad!

DOM. En tu mano la tienes. Sé de mi hijo.

MARÍA ¡Si es que esto fuera una iniquidad!

DOM. Pos ese hombre está en mi poder.

MARÍA ¡Oh, qué atropello!

ESCENA XVI

DICHOS y ANTÓN, seguido de dos huertanos, por la derecha del fondo

ANT. (Precipitado, fatigoso, dirigiéndose á Domingo.) Vengo á decirte lo que pasa.

DOM. Que se ha presentado el Pencho.

ANT. ¿Qué hacemos con él?... Habrá que prenderle.

MARÍA ¡Jesús!...

DOM. (Frío.) ¡Aguarda!... (Volviéndose á María del Carmen, la coge de una mano y la lleva aparte.) ¿Qué hacemos con él?

MARÍA (Sobreponiéndose á su dolor y turbación, llena de espanto, se seca las lágrimas, alza la cabeza y contesta resuelta.) Que ande libre por la Huerta, libre y sano.

DOM. ¿Así lo decides?

MARÍA Así.

DOM. ¿Te casas con Javier?

MARÍA Como usté lo manda.

DOM. (Después de mirarla un instante le alarga la mano.) ¡Palabra, María el Calmen!

MARÍA (Estrechándole la mano.) Palabra.

DOM. (Volviéndose á Antón.) Pero ¿hay mandato contra ese hombre?

ANT. No le hay.

DOM. Pos entonces, ¡á qué preguntas!... Dejarle tranquilo.

ESCENA XVII

DICHOS. CONCEPCIÓN, MIGALO, ANDRÉS, JAVIER, DON FULGENCIO, huertanos y huertanas de todas edades. Salen todos los expresados de la ermita; los huertanos y huertanas se dispersan, repartiéndose por todos lados y desapareciendo por las varias sendas que parten de la plazoleta

CON. (Llegando con Migalo á donde está María del Carmen.) Vámonos, hija.

FUEN. ¿Qué, no pedimos? (Cogiendo las mantillas que continuaban dobladas sobre el poyo, y ofreciendo á María del Carmen el pañuelo de encaje, que ésta no toma.)

DOM. (A Concepción y Migalo.) Irse por allá esta tarde. Ya está la chica conforme. Tenemos matrimonio.

MIG. ¿Ha dicho que sí?

CON. (Abrazando y besando á su hija.) ¡Bendita sea esa boquica!

DOM. Tomaremos allí unas frioleras, pa remojarlo, y dispondremos el navego de la boda, y el día que han de echarles las cruces, que debe ser muy pronto.

MIG. Muy pronto.

JAV. (Que habiendo salido de los últimos de la ermita, llega en este momento al grupo principal.) ¿Es verdad eso? ¡Gracias, nenica! (Tomándole á María del Carmen las dos manos.) ¡Qué felicidad más grande! ¡Me güervo loco!

FUL. (Que ha salido detrás de Javier, observándole, le da ahora en la espalda.) ¡Eh! alerta con esos arrebatos. (A Domingo.) ¿Este es el doliente?

DOM. Sí, señor doctor.

JAV. ¡Usted me curará, don Fulgencio! (Cogiéndole una mano.) Quiero estar güeno. Usté es muy sabio. ¡Póngame usté muy güeno! (Le besa la mano, casi postrándose ante él.)

AND. (Que se ha quedado en grupo aparte con algunos mozos, y mira por la derecha del fondo.) ¿Está en la Huerta Pencho Pascualo, que por allí viene?

MARÍA (Poseída de espanto.) ¡Él! ¡Vámonos, llévenme, que no me vea!

JAV. Sí, vamos.

MARÍA ¡Qué vergüenza y qué dolor!

DOM. Andando, mociquios; los novios delante. (Vanse los dos jóvenes por la izquierda; Migalo y Concepción van detrás.)

DOM. (A Antón y demás.) Llegaros por allá también vosotros. Habrá merienda y danza.

ANT. Iremos. Mas te acompañamos ahora. (Vase Domingo por la izquierda con Antón, Andrés y los otros mozos.)

ESCENA XVIII

FUENSANTICA, PEPUSO, PENCHO, ROQUE y algunos mozos por el fondo derecha. Pencho aparece delante de los demás, y avanza hacia la plazoleta con paso decidido y seguro, alta la cabeza, sonriendo arrogantemente y mirando al lado por donde se han ido María del Carmen y demás, á los cuales ha podido aún ver al salir él por el fondo

PEP. (Deteniendo á Fuensantica que iba á marcharse corriendo.) ¿Que al fin hay boda de María el Calmen con Javier?

FUEN. Asina lo han dicho. ¡Voy á que me cuen-

ten!... (Desasiéndose de Pepuso, vase corriendo por la izquierda.)

PEP. ¡Y el otro se acerca por allá embistiendo al viento! Vamos á tenerla... ¡güena! (En este momento llega Pencho al centro de la plazoleta, y tuerce hacia la izquierda, acompañando con la vista y siempre con su sonrisa amenazadora á los que se han ido por dicho lado. Roque y los otros forman grupo detrás de él.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Exterior de una vivienda en la Huerta. Los términos primero y segundo de la derecha están ocupados por la fachada, enlucida, con puerta algo espaciosa y una ventana sobre la puerta con cuelgas de dátiles. Desde la puerta, y á todo lo ancho de la fachada, avanza un emparrado que ocupa una tercera parte de la escena. A la izquierda, camino que corre por el pie de la parra, y se divide en sendas por los diversos términos del mismo lado y por el fondo. A la izquierda, tercer término, un cercado por el que asoman rosales, clavellinas y otras plantas. Unido á la fachada un poyo corrido, de mampostería, y esparcidas debajo de la parra algunas sillas de morera con asiento de soga, todas muy bajas; en medio una mesita de pino en blanco. De una de las estacas de la parra cuelga un gancho de palo y de éste un botijón. Al fondo, y colocados en varios sentidos más allá del emparrado, unos cuantos zarzos que figuran contener gusanos de seda, sostenidos cada uno de ellos en alto, entre dos sillas, y cubiertos con paños rojos y de otros colores vivos, en forma de tartana por medio de arcos de caña que los levantan. Por todas partes plantaciones y arbolado propios de la Huerta murciana.

ESCENA PRIMERA

DOMINGO, ANTÓN y FUENSANTICA. (Los dos primeros sentados bajo la parra, jugando al truque en la mesita, en la cual ponen la baraja y echan las bazas y algunas pesetas que atraviesan. Fuensantica, al fondo, echando hojas de morera en los zarzos de la seda.)

FUEN. Ya corre por toa la Huerta la voz de la noveá. ¿Y será muy pronto, muy pronto la boda?

DOM. (Sin atenderla, echando una carta y robando otra.) Un cinco.

ANT. (Lo mismo.) Un caballo.

DOM. Este as.

ANT. Este triunfo Tienes mala mano.

FUEN. ¡Miren que dejar ahora María el Calmen á su novio de antes!...

DOM. Palo.

ANT. El arcalde.

DOM. El rey.

ANT. (Echando la carta con fuerza.) ¡El tío Maticas!

DOM. Ese soy yo.

ANT. ¡Pos boca abajo! (Recogiendo y contando sus bazas.)

FUEN. Yo no hubiera hecho eso. ¡Ná, ni cosa! ¡Vaya, un buen mozo se queda desempleao! Pero, ¿no se acaba ese truque?

DOM. (Volviéndose.) ¡Amuelo!... ¿Quieres cerrar de una vez el pico?

FUEN. Pos si hoy no es el día de charlar...

DOM. ¡Vete á tus zarzos!

FUEN. ¿Y no se sabe lo que va á hacer Pencho?

DOM. Callarse, como tú ahora.

FUEN. (Volviendo á los zarzos.) Nadie me cuenta ná. ¡Paece que no hago aquí fegura!

DOM. (Levantándose, á Antón.) Dejémoslo ahí.

ANT. Como siempre; en cuanti que yo gano. (Levantándose y siguiendo á Domingo después de recoger el dinero.) Pos, señor... atento de ese mozo que ha caido del cielo... yo creo que farto, Domingo.

DOM. ¿A qué fartas tú?

ANT. Le farto á mi vara y á la catigoría de mi posición.

DOM. Déjate...

ANT. Yo soy, como quien dice, el apoyo que aquí tiene la sociedad, y ese es un menisterio.

DOM. ¡Y que te creas tú menistro!

ANT. En fin, que tú me mandaste dejar suelto al chico Pascualo; pero esta insinia me manda prenderle. (Alzando la vara de alcalde.)

DOM. Lo que tú eres, un tío cutimañas. Tienes un agravio recibido de ese muchacho, porque te quitó el arriendo de unas tahullas, y es-

tas son las insinias que á tí te mandan. Pos... pa entendernos... le tiras del freno á tu rencor y á tu catigoría, y ese hombre premanece libre y salvo, que no hay causa pa que se le coja, ó vas á ver qué de prisa te caes del menisterio.

ANT. Premanecerá suelto.

DOM. Y no güervas á sacarme los piés de las alforjas.

ESCENA II

DICHOS y DON FULGENCIO por la izquierda

FUL. Dios sea en la casa del tío Maticas.

DOM. Con usté venga, don Fulgencio. ¿Gusta usté de pasar aentro?

FUL. Quedémonos aquí, á la fresca. El emparrado es el salón del huertano.

FUEN. Güenas tardes, doctor.

FUL. ¡Hola, Fuensantica! ¿Estás cuidando los gusanicos?

FUEN. Sirviéndoles el cebo.

FUL. ¿Y en eso entiendes tú, con tus manitas blandas?

FUEN. El gusano quiere el cuido de la mujer, lo mismo que las criaturicas. Aquí los tengo, que les consuele el sol.

FUL. ¿Echaron ya sus cuatro dormidas?

FUEN. ¡Ay, qué pronto!... Están recordando de las tres.

FUL. ¿Y qué tal recuerdan?

FUEN. ¡Si viera usté qué despabilaos y qué alegres!...

ANT. Este año hilarán tóos.

DOM. Si Dios quiere.

FUL. Habrá buena cosecha.

FUEN. (Saltando.) ¿Ve usté qué gusto?

FUL. ¡Quién te vistiera luego, muy maja, con toda esa seda que saldrá de ahí!

FUEN. No presumo yo pa tanto. A mí me basta el regalo que siento muchas vecees con lo que discurro mientras apaño al animalillo; y es

que á lo mejor me se ocurre pensar en lo que se yevan lejos estos capillos, y allí los labran y los pintan... y digo yo entonces para mí sola:—¡Pos anda! que cuando las señoras ricas arrastren sus colas tan largas por los suelos de las casas grandes, poco sospecharán que tóo aquel boato lo deben al amor y esmero de una zagalica que se ha quedao en la Huerta.

FUL. ¡Vamos, que es un cascabel esta chiquilla! (Sentándose: á Domingo.) ¿Y el muchacho, no le encuentro aquí?

DOM. Le encomendé que no tardase...

FUEN. ¡Salió tan animao!

DOM. No para hoy en casa. Con el regocijo que le bulle en el alma, quiso irse con los de su partida, y se los llevó pa convidarles, y por ahí andará con ellos de festejo.

FUL. ¡Ta, ta, ta!... Alerta con eso y mucho juicio, que tu hijo no está para tales trotes... Santo y bueno, que le procures la alegría y que mire sus anhelos satisfechos. Eso le reposará el ánimo, y tenemos administrada la medicina moral, que debe preceder al tratamiento físico. Pero nada de demasías imprudentes.

DOM. Sí, que he de hacerle andar muy contiento.

FUL. Su misma satisfacción de ahora, debe saborearla muy en paz; amores sosegados y apacibles, y veremos si podemos ir acercándonos al casamiento. Yo te lo diré.

DOM. Ya me hago cuenta

FUL. He estado observándole esta mañana, durante la misa, y después en el camino, y finalmente aquí, pues para estudiarle vine acompañándoos.

DOM. (Con afán.) ¿Y qué me dice usted?

FUL. No está bueno. Nada aseguro todavía; pero me temo que tienes á tu hijo muy delicado.

DOM. Ya sabe usté que toa mi hacienda es para pagar su cura. Usté me lo curará.

FUL. Ni mis auxilios te han de costar la hacienda, ni puedo responderte de la curación. Hasta ahora no me guío más que por con-

jeturas y datos incompletos. He de auscultar al chico, he de examinarle. A eso venía.

DOM. Voy por Javier.

FUL. Déjale que venga.

DOM. Es que si se entretiene... Luego han de venir la novia, y sus páeres y la otra gente, pa sentar el compromiso y darse los chicos las palabras...

FUL. Pudiérais dejar eso para otro día.

DOM. No sabemos cuándo se podrá ir á la iglesia, y por si acaso hay que dejar ese negocio muy en seguro, doctor; muy atao y muy encadenao. Voy por Javier.

FUL. Anda y tráelo.

DOM. (A Antón.) Hazle tú la visita á don Fulgencio.

ANT. Conmigo se queda.

DOM. (Va á marcharse y retrocede.) Y á mí, señor doctor... A mí me dirá usté la verdad.

FUL. Por de contado; monda y llana.

DOM. No le asuste á usté el decírmela.

FUL. Te la diré.

DOM. Voy por el chico. (Vase por el fondo derecha.)

ESCENA III

DICHOS, menos DOMINGO

FUEN. (Yendo á marcharse.) Yo, con su premiso...

FUL. Oye, ven acá. Dame conversación, mujer, mientras aguardo. A mí y al señor alcalde pedáneo.

FUEN. ¿Yo, de qué he de hablarles?

FUL. Cuéntanos tus amores. (A Antón, riéndose.) Soy su confidente. (A Fuensantica.) ¿Cómo van? ¿Has visto hoy á Jusepico?

FUEN. Dos veces, y ahora, de aquí á muy poquito, tres.

FUL. ¿Y cuándo te roba?

FUEN. Eso... allá ha de verse.

FUL. (A Antón, festivo.) Se le ha puesto, que han de robarla.

ANT. Aquí, en la Huerta, son bastantes las que se van con el novio.

FUL. Costumbre muy fea.

ANT. La autoriá no pué evitarlo.

FUL. Y violencia excusada, por añadidura. Huyen de su casa, se esconden en la del lado, y al día siguiente se van á la iglesia.

FUEN. Y las cruces del cura tóo lo borran.

FUL. ¡Ah, cabecitas de yesca! Pero Jusepico no dará en tal desaguisado. Vigile usté sobre ellos, tío Antón.

ANT. Como no avisan...

FUL. Porque ello habrá de ser pronto, ¿verdad?... ¿Cuándo es la fuga?

FUEN. Pudiera ser cuanti antes, ¿sabe usté?... Pero á usté no se lo diría.

FUL. Paciencia, chiquilla, paciencia...

ANT. Toas tienen prisa.

FUEN. ¿Por casarme? Sí, que es verdad, que la tengo. Pa salir de desazones y riñas, y de ver gentes mal encarás; y pa reirme tóo el día, lo que ahora no puedo, que paece pecado mortal en esta casa de mi padrino; y pa que me yeven de paseo, y á la feria, y á las procesiones, luciendo mi pañolico con flores, y mi moño con flores, y mi cara con flores; y pa que también conmigo se haga buena, aqueya copla de acá, que todas las mociquias sabemos:

«El día que me case,
seré la novia.
Tomaré chocolate
como señora.»

FUL. ¡Viva, viva la novia!... Parece una carretilla dando traques. Ya se le pasará el humor.

ANT. (Moviendo la mano.) En digeriendo el choco late.

FUL. (Riendo.) Eso es; tiene usté razón.

ESCENA IV

DICHOS, CONCEPCIÓN, MARÍA DEL CARMEN y MIGALO, por el fondo izquierda. María del Carmen vestida como en el primer acto, con la mantilla plegada al brazo; Concepción con la mantilla puesta; Migalo con capa

CON. Güenas tardes nos dé Dios á los güenos cristianos.
ANT. Salud.
FUL. ¡Oh! que ya están aquí los personajes de la función: la novia y los suegros.
MIG. Tóos los tres.
CON. Muy puntuales.
FUL. Y de pontifical
MIG. Era del caso.
FUL. María del Carmen, para bien sea todo, hija.
MARIA Gracias.
CON. Muchas gracias.
MIG. Para bien de todos.
FUL. ¿Con que inauguramos hoy los festejos? La de hoy es la primera celebración.
MARIA Sí, señor.
FUL. No permitas que baile el novio.
MARIA No bailaremos, no.
FUL. Guárdale mucho.
FUEN. (Llegándose á María del Carmen y besándola.) ¡Hermosa!... Ven, y ayúdame á entrar los zarzos, ¿quieres?...
MARIA Sí, que te ayudo.
FUEN. (Echándola un brazo al cuello.) Vamos. (Se dirigen á los zarzos.) ¡Qué contenta estarás!
MARIA ¡Y que me lo preguntes!
FUEN. Tengo muchas cosas que contarte.
MARIA ¿De Jusepico?
FUEN. Que ya está muy cerca el gorpe.
MARIA No seas loquilla. (Van entrando los zarzos, sosteniéndolos entre las dos, por el paso entre el jardín y la casa; luego Fuensantica se lleva las sillas.)
FUEN. Ven, ven y sabrás.
FUL. ¿Y qué se cuenta, señor Migalo?
MIG. (Bufando.) ¡Mucho calor!

FUL. No es para menos. Con esa capa á cuestas...

CON. Ya se sabe.

FUL. «Cuando los de la Huerta—sacan la capa...»

MIG. «Bautizo, matrimonio...»

ANT. «Entierro... ó trampa.»

FUL. O tabardillo, si la estación ya aprieta.

MIG. De las cuatro cosas que reza el cantar, hoy la capa desina una.

CON. Matrimonic.

ANT. Y su miajica de trampa... Porque si se viene á tratar de la dote...

CON. De la dote, ¿pa qué?... Nosotros... ya le costa á Domingo... no podemos dar nada á la chica.

MIG. Estamos muy malos.

ANT. Vaya, que coger, ya cogéis por San Juan vuestras treinta fanegas.

MIG. ¡Dice que treinta!

CON. Gracias á esta hija, que nos traerá el remedio.

FUL. Muy guapa es.

ANT. Pero, lo que decimos: «El moño y el cantar, no entran en el ajuar.»

CON. Eso, Domingo... Él, que ha querido el matrimonio con tanto empeño...

MIG. Él es quien ha de hacerlo, que él tiene de onde salga.

FUL. Y se viene á apuntalar el trato.

MIG. Importa dejar bien sembrada la tierra; pos si Javier llegase á morirse, como es de esperar...

CON. Dí, como es de temer, y habla conforme.

ANT. Buen par de camándulas estáis.

CON. ¡Camándulas!...

MIG. ¡Ca... ba... ye... ros!...

ESCENA V

DON FULGENCIO, ANTÓN, CONCEPCIÓN, MIGALO. DOMINGO por el fondo izquierda. Luego MARÍA del CARMEN por la puerta de la casa

FUL. (Viendo llegar á Domingo.) El amo de la casa.

CON. Ya estamos aquí nosotros.

DOM. ¿Y María el Calmen?

MARIA (Saliendo.) Muy güenas tardes.

DOM. Adiós, nenica. ¿Estás animáa? (A ella, en voz baja.)

MARIA Ya ve usté que aquí me encuentra.

DOM. Muy güeno. Así se hace. (Volviéndose, á don Fulgencio.) Pos no doy con el chico.

ANT. Yo te lo mando pa acá. Voy á echar un ojo alredor del partío, que es tarde de fiesta...

FUL. El alcalde no duerme. Nos iremos juntos.

DOM. ¿Usté se va?

FUL. He de hacer por ahí una infinidad de visitas.

DOM. Hay mucha confianza puesta en usté.

FUL. Dios la haga buena. Por esa razón pernocto hoy en el partido; me alberga el cura. Volveré, pues, á la anochecida, cuando se haya acabado aquí la zambra. Aguántame al muchacho quieto, y esta vez, que me espere. Vámonos, tío Antón.

ANT. Güervo pa el convite. (Vanse don Fulgencio y Antón por el fondo izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, menos DON FULGENCIO y ANTÓN

DOM. Sentarse.

CON. (Sin hacerlo.) Pos con este nos habemos adelantao...

MIG. Por si le paece á usté que echemos un parrafico.

DOM. (Expresivo.) ¡Sí, vamos á echarlo, sí!... Ostés queréis acomodar el punto de los intereses.

CON. Pa no dejarle que hacer al demonio malo.

DOM. Pos eso, en un Jesús.

CON. (Volviéndose á su hija.) Hija, ¿por qué no te vas aentro con la Fuensantica?

DOM. Mejor será que paseemos nosotros el asunto.

MIG. Eso está bien.

DOM. Yo tengo que yegarme á ca el Pinturero, que le he mandao á Murcia pa cierta compra... (Volviéndose á María del Carmen.) Vamos, una fineza para la novia.

MIG. La sortija.

CON. ¿Qué sabes tú?... Puede que sea algo más.

DOM. Pronto ha de verse. Vamos y hablaremos.

CON. (A su hija.) Te quedas con la zagala.

DOM. Damos la güerta en seguía.

MARIA Vayan con Dios. (Vanse Domingo, Concepción y Migalo, por el fondo derecha.)

ESCENA VII

MARÍA DEL CARMEN y FUENSANTICA. Esta última se ha asomado por el lado del corral, y ha oído las últimas palabras de la escena precedente; deja que se marchen los tres personajes, y baja corriendo á la escena

FUEN. (Brincando.) ¡Y yo también doy la güerta en seguía!...

MARIA ¿A dónde vas?

FUEN. A hablar con Jusepico. ¿No te he dicho lo que hay?

MARIA ¡Que no te dejo hacer locuras!

FUEN. De aquí á luego. Tamién han de casarse las demás. ¿No estás tú muy contenta?

MARIA ¡Muy contenta!

FUEN. Pues eso quiero yo; estar tan contenta como tú, y por igual motivo: por meterme en casorio. Adiós, y no me descubras. (Vase brincando por el lado del corral.)

ESCENA VIII

MARÍA DEL CARMEN. A poco PENCHO

MARIA ¡Muy contenta!... ¡Muy contenta, y aquí me traen como aquel que yevan al suplicio, con las manillas puestas y el grillete... y en el rostro la vergüenza de la mala acción... y en el corazón el miedo y la agonía!... ¡Muy contenta! y en medio de este sol que resplandece en toa la Huerta, yo no veo la luz, y con este resistero que abrasa los campos, me siento arrecía de frío, igual que si ya estu-

viese en la sepultura. ¡Y qué luz he de ver, y qué calor he de sentir, si pierdo á aquel querer mío, zagal amante de mis pupilas y rey poderoso de mi voluntad!... Llora, María el Calmen; aquí escondida, en este rincón de tu cárcel, ni te oyen ni te ven tus carceleros. ¡Aprovecha este instante; que es corto el tiempo que te dejan, y tienes muchas lágrimas que derramar! (Caida en una silla, junto á la casa, llora y solloza desconsoladamente. Por el fondo izquierda aparece Pencho.)

PEN. (Llegando al emparrado.) María el Calmen.

MARÍA (Se vuelve rápidamente, le ve, y en un movimiento espontáneo corre hacia él.) ¡Pencho! (Se detiene, reprime su arrebato, muda de tono.) Güenas tardes, Pencho... ¿Conque, tú por aqui?

PEN. Ya ves. En tu busca vengo.

MARÍA ¿Y qué quieres?

PEN. ¡Mira! Pos que hablemos un rato de lo que por ahí se suena.

MARÍA No puede ser, Pencho. No puedo hablar contigo.

PEN. Pos has de hacer un poder, nenica. Porque lo que por ahí se suena, es una cosa que me trae el entendimiento turbao, y arrebatáa la sangre, y en er corazón la espada que me lo va atravesando.

MARÍA (¡Jesús, Dios mío, no me desampares!)

PEN. ¿Puede ser eso de que me hayas dejado para rendirte á otro? ¿Qué evento tan triste es este que dicen que ha sucedío?

MARÍA Veo que ya lo sabes.

PEN. Me lo escribieron primeramente; y al leerlo, ¿sabes lo que dije yo? Pos lo que dije, fué: Eso no es verdad.

MARÍA (Con apresuramiento.) Entonces ¡no!... No lo era.

PEN. Pero díjeme también: Algo pasa. Y me vine á verlo. Y en yegando que yegué á la Huerta, otra vez me lo afirmaron las malas voces; mas aun asina yo continué diciendo: Eso no es verdad. Y de seguida te vide... ¡te vide, María el Calmen!... allá, enfrente á la iglesia... que huías conforme yo me iba

acercando y que te marchabas juntita al que dicen que es el que te me ha quitao; y allí me aguanté fijo en la mía, diciéndome: ¡No lo creo! Mentira es lo que oigo, y mentira lo que veo, y miente el sol que lo ilumina, ¡y esto no es verdad!

MARÍA ¡No pudiste creerlo, Pencho!

PEN. Ni lo creo ahora; mira. Ni lo creo ahora. Porque anque tú me lo asegures, y me lo pruebes asín, oyéndome con esa pavor, esquivando mis miradas, poniendo entre los dos frío y distancia... ¡lo que antes ni el filo del aire nos separaba!... yo entavía estoy diciendo que esto no es verdad; y no lo es, nenica, ni lo será, ni puede serlo, si para alcanzarlo se juntan tóos los rigores de la tierra y tóos los del cielo. ¿Oyes lo que te digo? No será verdad. ¡Qué ha de ser! Pos pa eso he venío yo aquí; pa que no lo sea.

MARÍA No desafíes á la suerte; ella dispone las cosas, y puede más que nosotros. ¿Qué idea tienes?

PEN. Mi idea no ha sido más que una; hablarte, hasta ahora que lo consigo. Yegué á estos lugares, y me lancé tras de tí para verte á solas, porque lo primero había de ser escuchar tú mis palabras, y yo las tuyas.

MARÍA Bien; pos las oistes ya...

PEN. Aun no he puesto el pie en mi casa, ni he visto á mi pácre, ni me he acordao de nada mío. Te aceché tóo el día, mas como es tanto lo que te guardan, no he podido hasta ahora yegarme á tí.

MARÍA ¿Y qué quieres? ¡Si para todo es tarde!

PEN. Tú vas á ver que aun es tiempo. ¿Quién va á resistirme? Yo vengo á dictar mi ley. ¡A ver quién se opone al empuje de este pecho! Porque huí, vosotros dijísteis: este es un cobarde. Bien dicho; no debí huir. Pero güervo valiente. He pasao la mar, queriendo tragarme las olas; y no bien desembarqué del jabeque y me fuí ayegando, ya vino á embravecerme la olor de los azahares que me traía el viento, y díjeme: ¡ya estoy en mi tierra!

aquí donde me dejé mis derechos, mis amores, las esperanzas y la vida. Tóo eso vengo á recoger. ¡Si alguno ha puesto en ello mano, que me lo degüerva, porque si no, con el alma y con su gloria eterna se lo he de arrancar!

María ¡No, Pencho! Oyeme; oye, por misericordia, lo que te digo. No te pongas en nuevas luchas; entra en tu casa, estate al lao de tu páere, tranquilo y sin odios. Considera que tienes aquí muchos enemigos, muchos, y tus bravuras te costarán la vida. ¡Tu vida, Pencho! ¡Que lo que expones es tu vida!

Pen. Mi vida. Pero ¿es cierto que tú quieres casarte con Javier?

María Sí, con él me caso.

Pen. Entonces, ¿qué me importa á mí la vida? ¿A qué me hablas de ella? ¡Maldita la hora en que me la dieron, y maldita la hora en que te la consagré!

María ¡Oh, calla, por la Virgen pura, no digas eso!

Pen. ¿Por qué me he de callar?

María ¡Porque me estás traspasando!

Pen. ¿Ni aun oirme quieres, mujer? ¿Qué ha sido eso, que te han güerto tan enemiga mía, y tan despiadada y tan fiera, que no me permites ni la cólera ni el dolor? ¿Así me aborreces?

María ¡No, Pencho, no! ¡Si no te aborrezco! ¡No!...

Pen. ¡Ay, gloria mía! ¡Que ha sido tu alma la que eso ha gritao! *(Cogiéndole una mano, ciñéndola el talle.)* ¿Me quieres entonces?

María *(Vencida, arrebatada, con voz contenida, íntima.)* ¡Sí, te quiero, sí!... como siempre... ¿lo estás oyendo ahora?... ¡Más que nunca! ¡Qué he de hacer, afligía de mí, sino decírtelo! Mirándote y oyéndote, no hay valentía. Mi amado eres tú; de tu pensamiento vivo y quiero morir por tí. ¡Aborrecerte yo! ¿Qué es lo que has dicho?... Adorarte hasta el último aliento. ¿No lo sabes? ¿No recuerdas que te lo tengo jurao?

Pen. ¡Mi María el Calmen!

Maria ¡Pencho mío!

PEN. Ven conmigo ahora.

MARIA (Volviendo en sí, asustada.) ¡Aónde!...

PEN. Sígueme; tú eres mía.

MARIA Eso es imposible. Tú, vete: déjame y anda á tu sabor por la Huerta, libre y sano. ¿Sabes ya que no es mi amor el que te farta? Pos ¿qué más quieres saber y qué mejor alivio puedo darle á tu duelo?... Por caridad, déjame ahora; abandóname. Este es el sitio de mi esclavitud; yo no puedo seguirte.

PEN. ¿Que te deje para que seas de Javier?

MARIA Eso sin remedio. He dado mi palabra.

PEN. ¡Es que si me amas como dices, y has prometido ser de él, eres entavía más infame! Porque no eres tú sola la que te le vendes. Me vendes también á mí.

MARIA ¡No me vendo yo!... ¡Virgen santa!

PEN. ¿Por qué razón, entonces, vas á ser suya?

MARIA (Resuelta) Tamién la sabrás. Escucha. Yo no puedo sufrir que me condenes... Y además, es el solo consuelo que le valdrá, el día de mañana, á mi existencia sacrificada: el pensar que tú lo sabes.

PEN. Habla. ¿Qué misterio es ese?

MARIA El amo de esta casa puede perderte sin remisión. Tiene allá dentro, oculto en su arca, el hierro con que heriste á su hijo.

PEN. ¡Te han amedrentao, pobretica!

MARIA El arma tuya, señalada, conocida, que no puedes negarla. La recogió en el paraje de la riña, aquella misma noche, al lado de tu adversario agonizante. Y Domingo es un hombre sin piedad. Su hijo le dice que se morirá de tristeza, si yo no le pertenezco, y me obliga al matrimonio. He pactado con él: yo le salvo el hijo, él te salva á tí; yo voy á la iglesia, él no descubre el arma. Este es el pacto.

PEN. Rómpelo. Yo no lo acepto.

MARIA Estarías perdido.

PEN. Yo sabré defenderme. Ven conmigo, huyamos, y la amenaza es baldía.

MARIA ¿Piensas tú que pudieras salir francamente, como entraste? Ya tienes tus pasos atajados,

y no llegarás al término del partío, sin que te detengan.

PEN. Eso es verdad. Más nada importa. Que me prendan, que me encadenen, que me ahorquen; pero que ese hombre no sea tu dueño. Rompe ese pacto.

MARIA ¡Ah, no! Yo te salvo, Pencho mío.

PEN. Güeno; le romperé yo. ¿Ande está esa gente?

MARIA No la provoques, por Dios. Vete, ¡que van á llegar!

PEN. Eso es lo que quiero.

MARIA (Después de mirar á todos lados, azorada, señalando al fondo derecha.) ¡Jesús, Padre mío piadoso!... Que es Javier el que se acerca por allí.

PEN. Mejor. Le espero.

MARIA Que le pondrá ciego el hallarte.

PEN. ¿Y qué?... ¿Crees que le tiemblo? Ya le he tendido una vez; le tenderé otra. Déjale que venga. (Aparece Javier pór el fondo derecha, ve á Pencho y se para súbitamente en mitad de la escena; Pencho le espera arrogante, plantado á la izquierda; María del Carmen, ya sin poder para evitar el encuentro, mira aterrada al uno y al otro de los dos rivales.)

ESCENA IX

MARÍA DEL CARMEN, PENCHO y JAVIER

JAV. (Encendido de pronto en cólera, á María del Carmen.) ¿Qué quiere este hombre?

MARIA (Corriendo hacia él atribulada.) Nada... Pasaba... se detuvo un instante.

JAV. (Encarándose con Pencho.) ¿A qué viniste tú aquí?

PEN. ¿No lo supones? A quitarte esta mujer. A esto he venío.

MARIA (A Pencho.) ¡Oh! calla! No le enfurezcas. ¡Vete!

JAV. (Cogiéndola á ella de una mano.) A esta mujer la dejas tú quieta. ¡Y ni hablarla, ni mirarla, ni acordarte de que está en el mundo!

PEN. Tarde lo dispones.

JAV. ¿Qué tienes que ver con ella? Esta mujer es mía.

PEN. ¡Miente tu boca!...

JAV. ¡Me dices á mí que miento!... (Va á lanzarse sobre Pencho, vacila y se apoya en un puntal del emparrado.)

MARIA (Acudiendo para sostenerle.) ¡Javier!...

JAV. (Apartándola.) No... Deja.. (Irguiéndose con un esfuerzo para mostrarse sereno y fuerte.) ¡Sí; es mía!... (A ella.) Dile si eres mía ó no. Que te oiga. Dile cual es el que miente.

PEN. Cáyate, María el Calmen; no despliegues los labios. ¿Qué vale lo que la hagas decir? ¡Si me la habéis aterrado lo mismo que á una pajarilla!

MARÍA ¡Oh, sí! Me aterrais todos.

PEN. Porque la tienes sujeta, ¿ya crees que es tuya? Abrele al pajarillo la jaula, verás aonde vuela.

MARÍA (Para sí.) ¡No aonde querría él! ¡Allá no güerve!

JAV. Si te han dao razón de lo que pasa, ¿no sabes que me rindió su voluntad, que tengo su promesa, que irá conmigo al altar?

PEN. ¿Y eso qué le hace? Anque fuéseis á la iglesia.. ¡Que yo te dejara!... ¿Qué llevarías allá? Su corazón no iría. Tienes su promesa; ¿y quién tiene su amor?

JAV. ¡Yo!

PEN. Tú no le tienes. Tú eres el pordiosero despedido, que á la postre hurtas el pan que mendigabas. Su amado soy yo, ¡anque al oirlo te condenes! Porque yo soy er que la enseñé amores, murmurándoselos al oído; y soy er que en su alma encendió la luz, y er que pené por la palabriquia dulce que da la vida.

JAV. La que hoy te niega.

PEN. Y soy er que rondó su puerta, y er que le cantó cantares, y er que lucí en mi guitarra er lazo rumboso, labrao por ella; y er que se prendió ar pecho los claveles de sus macetas; y er que trasnochó á su reja, y bebió su aliento, y apretó su mano...

JAV. (Exaltado, furioso.) ¡Oh, calla, calla!

PEN. Y er que lleva aquí (Señalando al pecho.) la Virgen del Carmen, bordáa por ella, cubierta de besos de ella, y con señales de lágrimas que por mí ha derramao ella.

JAV. (Desesperado.) ¡Calla, porque te arranco esa lengua que me acuchilla!

PEN. Ven á arrancarla.

JAV. ¡Sí! (Va á lanzarse, vacila y déjase caer en una silla, jadeante y mirando á Pencho con ojos rencorosos.)

MARÍA (Acudiendo.) ¿Qué tienes?

PEN. (Sereno.) Estás enfermo.

JAV. (Tratando de sobreponerse á su descaecimiento.) No... Es el coraje que me ciega. (Procurando erguirse.) Aun soy hombre para otro hombre.

MARÍA (A Pencho) ¡Si llega su páere y le ve así, no habrá poder divino que te salve! Déjale, Pencho; vete ya.

JAV. (Unos instantes de pie, apoyado en la silla, otros caído en esta, pero siempre con ardor febril.) No; no te vayas. Me repongo. Quiero que me oigas. ¿Fuiste su amado, dices? Enhorabuena; mejor, porque así yo te despojo. ¡Venías tú á quitármela! Yo soy quien te la quito. En mi poder la has de ver; para tí está perdida.

PEN. Yo me la ganaré otra vez.

JAV. ¿Te pones entre ella y yo? También me alegro. Tenía que buscarte; tú me lo excusas.

PEN. ¿Buscarme tú á mí?

JAV. Para matarte.

PEN. Pos aquí me tienes.

JAV. Tu sentencia aquí la escribiste, aquí, en mi carne. Y esta mano irá firme y cierta, no torpe como la tuya, que me dejó vivo.

PEN. Pruébalo á ver.

JAV. Muy pronto.

PEN. ¡Ojalá y pudieras!

JAV. ¿Quieres ahora mismo? (Yendo á arrojarse.)

MARÍA (Interponiéndose.) ¡Jesús! ¡Cesad, por compasión! ¡Me estais destrozando!... No puedo oiros más. ¡Basta, basta, por Dios! (Corriendo á Pepuso que se asoma por el fondo izquierda.) ¡Ah! ¡Tío Pepuso!... Llévesele usté. Los dos están locos.

ESCENA X

DICHOS y PEPUSO

PEP. De registrar vengo tóo el partido, tras de este desbocao, ¡y cátale onde arremanece!

MARÍA Sí; aquí estaba por desdicha nuestra.

PEP. ¡Por supuesto!... «¿Ande estás, Juana? Ande más peco.» (Llegándose despacio hasta el límite del emparrado.)

MARÍA (Yendo á Javier que quedó sentado, respirando fatigosamente.) ¿Te has puesto malo?

JAV. Me quemo. Dame una sed de agua. (María va á descolgar el botijo que pende del gancho; al hacerlo dice á Pepuso:)

MARÍA Arránquele de este sitio.

PEP. (Mirándola con ira.) ¡Echate allá, que eres la primera mujer que me ha engañado!

MARÍA (Dando el botijo á Javier.) Bebe.

JAV. (Tomando el botijo.) ¡Gracias, nenica!... (Bebe larga y ansiosamente.)

PEN. ¡La pobreciquia, cómo le asiste! A mí me lo debes. ¡No es para tí esa gloria!

PEP. (Acercandose á Pencho.) Muchacho.

PEN. ¿Qué quiere usté?

PEP. ¿Echaste el seso á la mar, ahora desde el falucho, ó cómo te se ocurre venir á meterte en la trampa lobera?

PEN. No hay que cuidarse de mí.

PEP. (Cogiéndole de un brazo y alejándole del emparrado.) ¡Salte de donde estás, desatinao!... Que este es er castillo der tío Maticas, peor que si fuera de moros.

MARÍA (Que va azorada de uno á otro.) ¿Lo estás oyendo?

PEN. ¿Y habría pasao la mar, para esconderme en yegando? No es ese mi viaje. Muy achicao está usté. ¿Cómo me escribía entonces, hecho una fiera, ar tanto de que me viniese?

PEP. ¡Mal haya quien me sacó pa eso, tan leío y tan escribío!

PEN. ¿Qué miedo es ese?

PEP. Ya sabes aonde estuve, y me reigo yo der

miedo; que soy un alarbe. Güérvete tú á marchar, y verás el estrago.

PEN. Déjenme á mí, que yo me sobro; y er que tema, vaya y se acurruque en er fondo de su arca.

PEP. (Volviéndose á María del Carmen.) ¡La verdad es, que es mucho mozo!

MARÍA Mas, ¿qué intentas hacer?

PEN. Tú verás lo que hago.

PEP. No has visto aún á tu páere. Ven á verle.

PEN. (A María del Carmen.) ¿No dejas tu intención?

MARÍA Yo te tengo que salvar.

PEN. (Con aplomo y habiendo tomado una resolución.) Pos no me salvas. (A Pepuso.) ¿Aonde está er pobre agüelo? Que ha hablao usté en razón, y quiero verle.

PEP. En tu casa, esperando.

PEN. (A María del Carmen y Javier.) De aquí á más ver.

JAV. (Desde su silla, incorporándose.) ¡Iré á buscarte!

PEN. Antes sabrás de mí. (A Pepuso.) Vamos á ver á mi páere. (Vase por el fondo izquierda seguido de Pepuso.)

ESCENA XI

MARÍA DEL CARMEN y JAVIER

JAV. (Acercándose á ella, que se ha quedado mirando al fondo.) ¿Qué miras?... Déjale marchar. (Llevándola hacia la casa.) ¡Tú, conmigo!

MARÍA Yo, contigo, sí. Mas tú, apaciguado, humilde á mi voz, que te pide olvido y reposo.

JAV. (Mirándola embelesado.) Lo que tú quieras...

MARÍA Ese hombre que se va es el desvalío, el castigao... Ni debes hacerle mal, ni permitir que nadie se lo haga.

JAV. Lo que tú quieras...

MARÍA Y á concluir eso, Javier; á la iglesia cuanti antes.

JAV. Sí, sí; de seguida.

MARÍA ¿Tienes fiebre?... ¿Estás postrao?

JAV. ¡Ya pasó! Tu calor me resucita. Estoy firme

otra vez. ¡Si es que estoy güeno!... No le expliques á mi páere...

MARÍA Nada hay que decirle.

JAV. Me quieres, ¿no es verdad?

MARÍA Voy á ser tuya.

ESCENA XII

DICHOS, ANTÓN y tres Huertanos con guitarra, bandurria y violín. ANDRÉS y mozos por el fondo izquierda. Hombres y mujeres, convidados, que acuden por diferentes lados

ANT. ¡Vamos, que no va á ser función la de esta tarde!

MARÍA (Muy solícita, fingiendo alegría.) ¡Hola, el tío Antón! ¿Ya da usté la güerta?

JAV. ¡Salud, y á la compañía!

ANT. La compañía es el gorpe de música que me traigo: guitarra, timple y violín. (Presentando los músicos.)

JAV. (Invitándoles, así como á los demás que van entrando.) Vayan llegando.

ANT. Ya los traigo instruídos, y saben que es día de arañar con gana.

AND. (Saliendo con varios mozos.) Dios guarde á la gente de bien.

JAV. Pasen aelante. (Se acomodan y reparten en grupos debajo del emparrado.)

AND. ¿Y el tío Maticas?

ANT. Al gran Maticas, dejarle; que allí le veo detenido en plática con los suegros contrarios, y será que estén arrematando er busilis de los dineros.

AND. Ya vienen.

ESCENA XIII

DICHOS, DOMINGO, CONCEPCIÓN y MIGALO, por el fondo derecha; más tarde FUENSANTICA por la puerta de la vivienda

AND. (Saludándoles con todos los convidados.) Bien venidos.

TODOS Güenas tardes.

DOM. Bien hallao tóo er mundo.

ANT. (Bajo á Migalo.) ¿Qué tal se ajustó ese trato?
MIG. No he regateao ni un céntimo.
ANT. ¿Y qué le dais á la chica?
MIG. Nada; él lo da tóo. (Señalando á Domingo.)
ANT. Pos estuviste rumboso.
CON. (Abrazando á su hija.) ¡Qué dichosa te hacemos, hija!
MARÍA ¡Ay, máere! Dios les premie la intención.
AND. ¡Vaya una boda se arregla!
DOM. No es para menos. Acomódense, cabayeros, y si no hay sillas bastantes, en er sofá del huertano, que es er santo suelo. (Varios circunstantes sacan más sillas de la casa, como las que han aparecido, y siéntanse unos en ellas, otros en el poyo y otros, lo mismo hombres que mujeres, en el suelo, puestos en cuclillas; algunos siguen de pie.) Sin cumplimientos, que aquí no se gastan cerimonias. ¡Fuensantica!... ¿Aonde está esa?
FUEN. (Presentándose.) ¿Ande he de estar? ¿Habría festejo sin mí, que tengo la llave de la despensa?
DOM. Pon la mesa y saca lo preparao. (Fuensantica entra en la casa, seguida de una ó dos mujeres de la concurrencia; vuelve á salir, cubre la mesita con un mantel limpio y bueno, guarnecido con pasamano de randa. Entre Fuensantica y las mujeres sacan luego dos fuentes redondas y blancas con toques de colores vivos y reflejos metálicos, y en una de ellas algunas tazas del mismo orden, llenas de chocolate, y en la otra bollos y pasteles. Sacan, además, dos vasos con flores pintadas, una botella con agua, la calabaza del vino, pan y otras fuentes con abundante provisión de embuchados, de los que nombra Domingo. Todo lo colocan convenientemente sobre la mesa.) Ahí ca cual se remedie con lo que le apetezca. Chocolate y bollos hay pa los pulidos. El que quiera apretar er diente avecínese á lo macizo, que tamién saldrán municiones de longaniza y de blanco, con pan fresco y vino de Jumilla. Y tomen la güena voluntad.
MIG. Por muchos años.
ANT. Y pa en merendando, la orquesta que traigo yo.
DOM. Justo; que ha de haber baile de parrandas,

con sus güertas de retal y toa la cosa; pa que se le dé á la fiesta cuanto sea suyo.

CON. (Mirando á su hija y á Javier.) Y ya sé yo quién romperá la danza.

DOM. No; por Javier no lo diga usté, que no baila esta tarde mi hijo.

TODOS ¡Sí, sí!...

JAV. ¿Por qué no, páere?... Con María el Calmen... ¡Si estoy muy fuerte!... (Con arrebato á su padre.) ¡Vamos, que bailaré!

DOM. No te fatigarás tú.

MARÍA No bailamos, no.

JAV. (Sumiso.) Bien; te obedezco.

FUEN. (Poniéndose en medio en actitud de bailar.) ¡Yo sí que bailaré! Ya me traigo las postizas. (Haciendo sonar unas castañuelas.)

DOM. Allegarse, que espera la mesa.

JAV. (Sentándose.) A mi lao, nenica. (María del Carmen se sienta al lado de Javier en la silla que este le ofrece á la derecha de la mesita, en primer término.)

DOM. Aquí ustés y yo. (Ofrece sillas á Concepción y Migalo á la izquierda de la mesa.)

MIG. (Ofreciendo silla á Antón junto á ellos.) Y aquí el gobierno. (Siéntase Antón. Fuensantica reparte entre los circunstantes las tazas del chocolate que toman unos, mientras otros se pasan los embutidos y el pan, cortando cada cual su porción con navajas que se sacan algunos del bolsillo. Comen y beben del calabazón: alguno que otro bebe en los vasos. El director de escena debe cuidar la colocación y el movimiento de personajes y grupos. Fuensantica come también en en el último término.)

AND. (Presentando á Domingo los embuchaos.) Comience usté er ataque.

DOM. Andar, que eso es pa vosotros.

AND. Anímate, Javier.

JAV. No me convida. Muchisma sed es lo que tengo. (Se levanta.)

MARIA Toma este vaso de agua.

JAV. No; la del botijón. Está más fría. (Va al botijón, lo descuelga y bebe.)

DOM. ¡Bebe con tiento, hijo! (Javier cuelga otra vez el botijón y vuelve á su silla. Breve pausa, durante la cual comen y beben los convidados.)

ANT. ¡Cuidao si está la tarde hermosa!

CON. Tarde de Mayo.

AND. Asin las hace Dios pa nosotros.

JAV. Tóo contribuye. Güen humor, güena compañía...

MIG. Y güena merienda.

MARIA ¡Si los hombres supieran estimar estos beneficios, en la Huerta no habría sino paz y amor y contento!

CON. Este es suelo de bendición.

ANT. Tierra de flor. ¡Pos si te agachas y coges un puñao de ella y te la arrimas y güele!

MIG Pero hay que labrarla.

ANT. Hincas tú en ella el garrote, dejando el estorbo pa echar un trago á cañete, y alzas el calabazón, y á poco que te duermas, en lo que bebiste floreció el garrote.

MIG. (Cogiendo el calabazón.) A ver si florece tu vara. (Bebe.)

CON. ¿Vas á echar la siesta?

AND. Que hay quien espera la vez.

ANT. (Por la vara, al dejar Migalo el calabazón.) Podía haber florecío.

DOM. Pos señor, pasando á lo debido, que es er cómo y er por qué de esta reunión. (Se estrecha el círculo de los convidados en torno de Domingo.) Ya sabeis lo que hay.

AND. Sí; no es menester cansarse.

DOM. Ahora se participa á ostés lo que no sabeis; y es que er negocio este ya lo tenemos del tóo concluío.

CON. En güena hora se diga.

DOM. La palabra de casamiento, ahora mismo se la dan mi hijo y María del Calmen.

JAV. Con el alma se la doy yo, y bendita sea mi fortuna.

CON. Bendice también la tuya, hija mía.

MIG. Anda y bendícela.

DOM. (A María del Carmen.) ¿No das la palabra tú?

MARIA ¿Por qué se ha de repetir lo que ya está dicho? A Javier y á usté se la dí, y de ustés la tengo.

ANT. Muy bien hablao.

JAV. ¡Bendiga Dios esa boca!

DOM. En cuanti á intereses, como nada hay que ocultar, lo convenío es esto: la chica trae su dote, que es su propia y rica presona, y á ver si ocurre más que pedirle, con esta flor de hermosura que le dió la divina gracia, ar tanto de que no le fuese mester otra riqueza.

AND. ¡Ahí está!

TODOS ¡Muy bien!

DOM. Ella se viene á esta casa, y á lo que viene es á reinar y á que el caudal que tenemos se gaste en su regalo y satisfación.

AND. Tóo se lo merece.

DOM. Y ar tío Migalo, yo agradecío le traspaso el arriendo de las tahullas que cultivo ahí, sobre la acequia de Riacho, y le doy una pareja con que las labre, y si algo le conviene pa simiente y avíos, tamién que abra la boca, que no ha de faltarle.

ANT. (A Migalo.) De manera, que er que se casa eres tú.

MIG. De él ha salido; yo no he regateado nada.

DOM. (A Javier, dándole un estuche con una sortija.) Ponle ahora á la novia esta tumbaga en el dedo. Y me alegraré que sea de su gusto.

JAV. (Colocando la sortija en el dedo á María del Carmen.) Dame la mano. (Todos se acercan á mirar la sortija.) ¡Cómo luce en su dedo.) (Sosteniendo la mano de María del Carmen para mostrarla á los demás.)

AND. ¡Vaya una alhaja!

ANT. ¡Cosa güena!

MARIA (A Domingo.) Otro presente espero yo.

DOM. La... prenda que guardo en mi arca.

MARIA Sí.

DOM. Esa, cuando salgamos de la iglesia.

MARIA Avívelo usté.

DOM. Meteremos prisa.

AND. Y er baile, ¿no se comienza?

DOM. ¡A las parrandas!

ANT. Abran espacio. (Se retiran todos dejando plaza para los bailadores.) Aquí los músicos. (Los coloca al fondo.) Preparás las parejas.

AND. Aquí está una.

FUEN. (Haciendo sonar las castañuelas.) Y aquí está otra.

TODOS ¡Viva, bien, viva! (Andrés saca á una moza; otro mozo saca á Fuensantica. Salen otras parejas. Rompe la música á tocar entre la algazara de los presentes; las parejas se ponen á bailar, repicando las mozas las castañuelas; á las dos ó tres vueltas que han dado, penetra en el corro Pencho seguido de Pepuso, Roque y otros mozos.)

ESCENA XIV

LOS MISMOS; PENCHO, PEPUSO, ROQUE y MOZOS

PEN. (Llegando al centro del corro.) Güenas tardes, cabayeros.

TODOS ¡Pencho! (Efecto de general asombro; para el baile y la música; los convidados se arremolinan dejando un espacio al rededor de Pencho y Pepuso.)

JAV. (Yendo hacia Pencho, ciego de ira.) ¡Tú aquí otra vez!...

MARIA ¡No me oyes, Virgen santa!

PEP. (Para sí.) Aquí va á haber argo.

PEN. No hay que atropellarse. Y ustés perdonen que me presente á aguarles la fiesta.

MARIA (Acercándose á Pepuso.) ¿Qué intento le trae?

PEP. No sé cual; pero ninguno güeno.

MARIA ¡Vete, Pencho, vete de aquí!...

JAV. ¡O te se echa á estacazos, lo mismo que á un perro!

PEN. Eso... despacio. No me se echa á mí tan fácil.

PEP. Ni al acompañamiento.

DOM. (Adelantándose.) ¿Qué te se perdió en mi casa?

PEN. Eso es lo que va usté á saber. Y nadie se menee, porque quiero que me oiga tóo el mundo. Aquí se estaba apañando una boda, y ese apaño tiene su misterio: que se ha de salvar un hombre. Pos ese hombre no quiere que le salven.

JAV. ¡Qué dice!...

MARIA ¡Oh, deténgale usté! (A Domingo.)

PEN. La justicia busca al que malhirió á éste. (Señalando á Javier y dirigiéndose en seguida á Antón.)

ANT. ¡Sí!

PEN. Yo soy el que le pegó la cuchillada.

MARIA (Aterrada, bajo á Javier y Domingo.) ¡Negadlo!... Tuya seré; desmiéntele. Cúmplame su promesa.

ANT. (Después de un momento de asombro en todos los circunstantes.) ¿Oís lo que está diciendo?

JAV. Ebrio viene.

DOM. O viene loco.

PEN. ¿No es verdad lo que declaro?

JAV. ¡No!

DOM. ¡No!

PEN. (Encarándose con Javier.) ¿Yo no fuí el que té tendió á sus pies?...

JAV. No; no fuiste.

PEN. ¿Una noche de Julio, hace diez meses, vigilia de Santiago?...

JAV. No fuiste.

PEN. ¿Al lao de la acequia del Junco, camino de los Gallegos?...

JAV. No; dices mentira.

PEN. ¿Quién te hirió, entonces?

JAV. El, no fué; lo declaro.

PEN. ¿Con juramento? (Instante de vacilación en Javier.)

MARIA (Bajo á Javier, muy rápido.) ¡Júralo!

JAV. Con juramento.

PEN. ¡Los Maticas sois caritativos!... Defendéis la presa. (A Javier.) Pero te dije que á arrancártela venía, ¡y por el nombre cristiano que tengo, que te la he de arrancar!

MARIA Ya es imposible...

PEN. (A ella.) ¡Contra la voluntad tuya, generosa y fuerte... y contra el orbe soberano que se plantara ante mí! (Volviéndose á Antón.) Cumpla usté su obligación. Esta gente está mintiendo; engaña á la justicia.

ANT. Ellos te contradicen.

PEN. Yo daré la prueba.

ANT. (A Domingo.) Ya ves, que no hay más remedio...

DOM. ¿Qué pruebas tienes tú que presentar?

PEN. La más cierta y segura: el arma con que dí el gorpe.

DOM. (Turbado.) (¡Oh, lo sabía!...) (Da un paso en dirección á la puerta de la casa, con ademán confuso y precipitado.)

PEN. Que se detenga este hombre... (Antón hace á Domingo un gesto entre amistoso y severo; Domingo se para.) Nadie salga de aquí dista que yo me explique. Y no privarle á quien debe, que reciba mi declaración; ó al juez me voy dinde aquí derecho y le canto lo que haiga ocurrido.

ANT. (A Domingo.) Los testigos son muchos...

DOM. ¡Nos acorrala!

PEN. El arma con que dí el gorpe, que allí la abandoné, al lao del moribundo. Aquella arma fué recogía. (A Domingo.) ¿No preguntaba usté lo que aquí me se había perdido? Pos eso; mi faca. (A todos.) Prenda bien conocía, porque tiene su historia, y ésta la sabe toa la gente moza del partío. En Murcia la compré; un jueves de mercao. (A Javier.) ¿Sabes en qué ocasión? Cuando esta mujer me hizo dueño de su cariño; entonces. Porque me privaba á mí er descanso la temor de perderla, tan hermosa y tan codiciada... y yo traía mi hierro aquí en la faja escondío, acariciándolo á toas horas y diciéndole por lo bajo:—«Mientras tú estés aquí, yo no la pierdo.»—Pero estaba lisa la hoja, y muchas veces, cuando la mostraba en corro, decíanme los muchachos:—No tiene mote.»—Y yo:—«Es verdad; eso le farta.» Er mote, ya se lo hallé. La noche de San Juan, en la verbena, en el cantar que cantaba un mozo, que me dijeron que era marinero de las naves de Cartagena... «Para mirarla, mis ojos, —para quererla, mi pecho,—para dormirla, mi arrullo,—para guardarla, mi hierro.. » ¡Qué bien dicho! «¡Para guardarla, mi hierro!» Para eso era el mío; aquél fué mi mote. Y al cuchillero me fuí, y le dije:—«Maestro, lo que me escribe usté aquí, es esta inscrición»;—y en teniéndola que la tuve escrita, ya vieron los muchachos que la hoja hablaba, y dinde entonces, toa la Huerta sabe

qué señales tiene la faca de Pencho Pascualo, y lo que pone, y lo que avisa, y lo que cumple. Pos esa arma, la tiene el amo de esta casa. En el arca la esconde... (A Antón.) Ahora le toca á usté. Yo ya he concluído.

ANT. Entrégame tú el arma.

DOM. Niego que la recogiera yo en el paraje que dice, y en la noche que dice.

PEN. (Vivamente.) ¿Pos cuándo?... Minutos antes del encuentro, yo la mostraba aún en mi poder; la vieron testigos. Aquella misma noche escapé á Orán... Esto no tiene réplica.

ANT. (A Domingo.) Hay que abrir el arca.

DOM. ¿Me vas tú á registrar?

ANT. Muchos son los que escuchan.

DOM. ¡La llave no te la doy!

ANT. ¡Es que te complicas, y ná adelantas!

DOM. ¡Mal fuego nos abrase á tóos! (Le da la llave y Antón entra con ella en la casa, seguido de dos ó tres circunstantes.)

ESCENA XV

DICHOS, menos ANTÓN y los que con él entraron

JAV. (Procurando atraer á María del Carmen.) Yo no le he delatado...

MARIA ¡Mas él no se salva! (Yendo á Pencho, que permanece sereno y arrogante, hacia la izquierda.) ¡No hay ya esperanza para tí!

PEN. ¿Me quedaba alguna?

JAV. (Acercándose y cogiendo de una mano á María del Carmen.) Ven á mi lao. Déjale. (La lleva consigo á la derecha.)

MARIA Mi cabeza se pierde... (Cae anonadada en una silla.)

ROQUE (A Pepuso.) Este chico es un león.

PEP. Ruge y desgarra. ¿Y me lo han de cazar?... ¡Mardito sea!...

ESCENA XVI

DICHOS, ANTÓN y los que le siguieron, por la puerta de la casa

ANT. (Trayendo la faca envuelta en un paño.) Todo era verdad. Aquí está el arma con la escritura que la da á conocer.

PEN. ¡Ah! ¿Quién me desmiente ahora? Ahí está la prueba. ¡La prueba, María el Calmen! Acusao estoy. Quisiste librarme; no me libras. Recoge tu palabra. Quedas desligada. Adiós. (Volviéndose á Antón.) Vamos.

MARIA (Saliendo de su anonadamiento.) ¿Aonde?... ¿Aonde vas?... ¡Pencho, Pencho mío! ¿Aonde te llevan?...

JAV. Detente...

CON. Hija...

MARIA ¡Dejadme!... ¿Qué quieren ya de mí?... Está perdido.

JAV. ¡Rayo de Dios!

MARIA El dice bien; soy libre. Suya soy; lo que siempre he sido. ¡Y le acompaño á la perdición!... ¡Contigo, Pencho, contigo!... Acompañándote voy. ¡Aonde tú vayas! (Corriendo á Pencho y echándole los brazos al cuello.)

PEN. (Conservándola á ella abrazada, mirando á Javier.) ¿No decías que me la quitabas? Mírala colgada de mi cuello. Me sigue aonde yo vaya: á la prisión, al patíbulo. Reconoce que es mía.

JAV. (Queriendo lanzarse.) ¡Eso, no... eso, no!

DOM. (Deteniéndole.) ¡Hijo, contente!

ANT. Separarla y vamos ya.

MARIA ¡No, no!...

CON. (Separándola de Pencho.) Obedece.

PEP. (Avanzando con arranque.) Deja que le lleven, y no temas por él. Yo le rescato; porque ahora entro yo, er de la Cresta der Gallo. Cogísteis ar león; pero quedan cachorros, y con ellos tomo el atajo y te arrebato la presa. (A Antón, con aire de reto.)

PEN. No me importa á mí ya.

PEP. Lo que le pedía yo ar devino Señor; hoy se arde la Huerta. (Vase por el fondo, apresurado, seguido de Roque y demás.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos PEPUSO y los expresados

DOM. (A Antón.) Llévale, enciérrale, quítanoslo de en medio.
ANT. Sí, es lo mejor.
DOM. Pero te asaltan al paso y se apoderan de él si no traes fuerza...
ANT. La pido por un mandao.
DOM. A eso tú mismo. ¿De quién te fías? Yo te guardo el preso. Seguro le tienes. (Vase Antón apresurado por la senda del corral.) Despejar el sitio, cabayeros. Se acabó la fiesta.
MIG. La chica...
DOM. Déjenmela á mí y esperen que yo avise. (Todos se van por distintos lados.)

ESCENA XVIII

MARÍA DEL CARMEN, PENCHO, JAVIER y DOMINGO

DOM. (Después de observar por todos lados á los que se alejan, va por María del Carmen y acércase con ella á Pencho.) Dile ahora que huya.
MARIA Sí, eso es; ponte en salvo.
PEN. No huyo.
MARIA Te dejan libre.
PEN. De esta gente, ni la libertad, ni la vida, ni las oraciones.
DOM. Que volverán por tí.
PEN. Bien; les espero.
JAV. ¡No quiere huir, no! La libertad le estorba.
PEN. ¿Qué dices?
JAV. Digo que eres un cobarde. Te has delatado por salvarte de mí.
PEN. ¡Javier!

JAV. De la justicia podías aún huir. De mí no huyeras; sabías que te mataba.

PEN. ¡Que te he tenido miedo!

JAV. ¡Sí! Yo iba á buscarte; te lo he dicho. ¡Y te refugias en la cárcel!

PEN. ¡Ocúltame y verás! ¡Ocúltame y soy tuyo!

JAV. Sí, te oculto. Entra aquí. (Señalándole la casa.)

DOM. Entra, sí. Eso es mejor.

JAV. Saldremos esta noche.

PEN. Cuando tú quieras.

MARIA (Corriendo á la puerta.) Entra... ¡No le entreguéis!

DOM. Aún le salvaremos.

JAV. ¡No le salváis!... ¡Es mío!... ¡Y esta noche le mato! (Entra Pencho, Javier cierra la puerta y se guarda la llave.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Aposento de entrada en la vivienda de Domingo; pieza poco espaciosa, de paredes blanqueadas. Al fondo, á la izquierda, tres grandes tinajas sostenidas sobre un tinglado de madera y pintadas de encarnado, con paños de blanco lienzo, guarnecidos de puntillas, que cubren las bocas de aquellas, asomando por debajo de las tapaderas. Detrás de las tinajas varios lebrillos de fondo azul, verde y amarillo, colocados en alto y cubriendo los huecos que aquellos dejan entre sí; en el suelo, apoyados en ellas, otros lebrillos iguales á los indicados. Sobre las tinajas un listón horizontal, fijo en la pared, y en él, colgadas en hilera, seis ú ocho jarras pintadas como los lebrillos; y por encima, corriendo perpendicularmente, dos vasares con platos y tazas, tambien de vistosos colores, y vasos y botellas en los que se ven flores y ramitos de albahaca y de pino. A la derecha, un gancho de hierro labrado del que cuelga una holgada toalla con guarnición de randa, y debajo la jofaina puesta en el zafero, que también es de hierro labrado. Al mismo fondo, hacia la derecha, una puerta alta, de dintel arqueado, adornada con cortinas blancas y guarnecidas de encajes, replegada cada una á un lado. Detrás de esta puerta se descubre una pequeña pieza de paso, y en su fondo, de frente, el arca de madera, en blanco. Al lado izquierdo, primer término, ancha puerta de dos hojas que se abren para adentro, macizas, con fuertes goznes y cerraduras. A la derecha, segundo término, una puertecita que sale al huerto. Algunas estampas de santos pegadas á las paredes. Sillas de morera y soga, y una mesita blanca á la derecha, junto á la puerta. Sobre la mesa un velón apagado.

ESCENA PRIMERA

PENCHO, sentado junto á la mesa (Es de noche; la habitación está sin luz y la puerta de la izquierda cerrada.)

Mucho tarda en abrirse esa puerta. ¿Quién paecerá por ella?..· Si es er viejo, camino inútil. Al que yo aguardo es al mozo. Asín se tarde dista er día del juicio. Me ha llamao cobarde. y esta palabra la siento que me escuece en el rostro como una gofetá. A la postre, tiene él razón; hemos de reñir, y á ver de los dos cuál es el que se va del mundo, que nos estorbamos.

ESCENA II

DICHO, FUENSANTICA y MARÍA DEL CARMEN por la puertecilla de la derecha

FUEN. Entra sin cuidao.
PEN. ¿Quién anda ahí?
MARIA Pencho...
PEN. ¡María el Calmen!. . (Fuensantica ha encendido el velón.)
FUEN. Güenas noches nos dé Dios.
PEN. (Abrazando á María del Carmen.) ¡Tú aquí conmigo!... ¿Qué gloria es esta?
FUEN. Yo soy la que te la traigo.
PEN. ¿Por ande entraste?
FUEN. Pos por mi puerta. Cuando me cierran esta... ¡siempre muy temprano!... ¿por ande pelaríamos la pava con mi novio? Levanté el cañizo, y allí está er paso. ¡Vamos, hablad!... Aquí la tienes. ¡Y que no me gusta á mí trapichear en cosas de amores, y servirle primero al uno, y aluego que sea el otro!... ¡Pobreticos, si os quereis tanto!... Yo os protejo.
PEN. Gracias, zagalica.
MARIA Eres muy garbosa.

FUEN. ¡Tonta, los requiebros á él! No pierdas er tiempo. Deciros muchas caricias, y coged larga la hebra, que tenéis espacio.

PEN. ¿Tus amos, ande están?

MARIA A la ermita se fueron el padre y el hijo.

FUEN. A ca el capeyán, ande se hospeda el médico de Maciascoque. Porque, como tú estabas aquí encerrao, y el doctor no se queda más que esta noche en el partío, allá le han bus cao pa la consulta.

MARIA Sal tú afuera y observa.

FUEN. Yo te avisaré, si ocurre algo, por la puerta zaguera.

MARIA Muy bien.

FUEN. Y ya sabes lo que te he dicho. Allí está la yegua ensillá y tóo.

MARIA Sí; muchas gracias.

PEN. ¿Qué yegua?

FUEN. Verás: la yegua de la casa, en que ha de llevarme Jusepico el día que me robe. Porque como nos vamos á Monteagudo, á ca una prima, que me tendrá dista er día de las cruces, sa mester rodear toa la Huerta, y pa andarlo á pié y con miedo cae muy largo. Y le hago á Jusepico que toas las noches deje la yegua aparejá, pa cuando se determine... Conque ya sabéis. (A María del Carmen.) ¿Estás contenta? (Besándola.) ¡Adiós, bonica. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

MARÍA DEL CARMEN y PENCHO

MARIA ¿Has oído, Pencho?

PEN. ¿Qué, zagala mía?

MARIA Que podemos huir. Y vengo á eso.

PEN. ¿A que huya?

MARIA A que huyamos.

PEN. ¡También tú!

MARIA Ya ves. Tu libertad y tu existencia penden de un cabello. Javier te odia de muerte; el tío Antón también te aborrece y quiere en-

tregarte. Domingo, que desea tu fuga, no podrá cubrirte con su amparo. Ahora mismo, allí se queda vigilando, que su hijo no venga á buscarte para la riña. Ansina y tóo, ¿qué confianza podemos tener? ¿Ande estás tú? ¿Qué sitio es este en que te acoges?... La puerta cerrá como en una cárcel; amenazao de morir, como en capilla... Pos, ¿aonde está tu salvación, Pencho, tesoro grande de mis cariños... aonde está sino en nuestra huída?...

PEN. Bien; despué.

MARIA ¡Despué, dices!... ¡Ahora! Ahora ó nunca. De seguida, que el peligro te está cercando, que te acosa, y hasta los tuyos, tus amigos de la Huerta, corren por ahí azuzándolo con los alardes y los retos.

PEN. ¡Ah! eso me agrada. Dios se lo pague.

MARIA Yo vengo dispuesta. Fuí con Domingo y Javier dista la vivienda del capellán. Allí les he dejado, y en er santuario me entré, y le he hablado á la Virgen de hinojos sobre las gradas de su altar.—«¡Máere mía, acúdeme en esta acción, que no es culpable, que no es licencia ni desenvoltura, sinós nesecidá... nesesidá viva, como la del pan nuestro y la del respiro pa la salud!... Porque si yo no le sigo, él no parte, y aqui le cogen, y me le cargan de hierros ó me le matan»...

PEN. ¡Qué agonía tan dulce, oyéndote á tí!...

MARIA Le he jurado á la santa imagen, que onde nos refugiemos, allí serán bendecidos en una iglesia nuestros amores. Besé el paño del altar, y aquí me tienes. Ya no hay por qué te empeñes en quedarte. ¿Qué te dejas aquí? Yo voy contigo.

PEN. Sí, que me dejo. Tus labios, por lo que han dicho, yo los enguarnecería ahora de rosas y jazmines. ¡Bendita seas, que eso sí que es querer y saber probarlo! Mas, óyeme tú: no puedo marcharme. ¡Que no me dejo aquí nada!... ¡Sí que me dejo, y no lo puedo olvidar, sí que me dejo!

MARIA ¿De tu felicidad?

PEN. De mi honra. Estoy citado con ese hombre,

y he prometido aguardarle dista que él quiera. Déjame que me trabe con él; será esta noche.

MARIA ¡No, no, Dios mío!... ¡Si eso es lo que quiero evitar!

PEN. Pos eso es lo que ha de ser, María el Calmen. ¿No le oiste que me llamó cobarde?..: ¿Quién quieres tú, que sea tu Pencho, que le han azotao con esa palabra, y con tóos los insultos, y con tóo el encono, y había de echar á correr abandonando su honra tirá en er camino?

MARIA ¿Y te importa eso más que mi amor?

PEN. Tu amor, lo perdería también; porque me has conocío valiente, y luego que hubiese huído no me atrevería á pedirte los agasajos de tu querer; y arguna vez la sangre que tienes, de la Huerta, te hiciera decir:—«Tiene razón, ¡si corrió delante de su enemigo!...» No puede ser. Déjame que le aguarde, que nos hallemos frente á frente y hierro á hierro, y después nos vamos unidos, dista er fin del mundo

MARIA ¿Y si te mata Javier?

PEN. ¡Qué has dicho ahora!

MARIA ¿Y si le matas tú? Otra vez perseguido.

PEN. Entonces huiremos. Él ha querido la lucha; la ha hecho necesaria. Cuando vine y le hallé enfermo, desistí de mi idea de provocarle. Por no poder batirme con él, he tenido que latarme. ¡Y porque me he delatao, díjome de que le temblaba!... ¿Lo ves ahora? Sano ó doliente, esto ya no tiene remedio, sinós probándole que mintió. Hemos de devorarnos.

MARIA ¡Ay, cuánta angustia!

PEN. Y además ha puesto los ojos en tí y se creyó tu dueño...

MARIA ¡Triste de mí!

PEN. No llores...

MARIA ¡Cuán poco puede el amor, y qué cosa es tan vana! Enamorao te busco, y tú piensas antes en ser valeroso. Pos ¿qué mérito es ese, que os hace olvidar de los que os aman, y acordaros de los que os odian? Yo tamién

me dejo aquí algo, y vengo á ser tuya sin que me importe mi fama, que andará en lenguas, ni mi hogar, que quedará desierto. Mas ¿qué le hace siendo por tí? (Atrayéndole con insinuante y tierno acento.) ¡Ven!... ¡Vámonos! Hablarán de nosotros, y dirán las gentes:—«Mira ella, qué fiel para su Pencho.. Desterrados andan, pero ¿cuál será el suelo aonde ellos pisen, que no les eche flor?» Nos envidiarán todos! Te envidiará á tí Javier. ¿No es esto más que matarle?

PEN. ¡Calla, calla, que no te quiero oir!

MARIA ¡Javier!... ¡Si yo á él le rogara, como te ruego á tí!... Me obedecería lo mismo que un cordero, me entregaría el cuchillo pa que lo tirase á la acequia... Pero ¡claro!... á él no sabría pedírselo, á él no le diría: «Huye, que yo voy contigo...» Eso á tí sólo, Pencho, á tí sólo...

PEN. ¡Oh, no sigas!... No sigas, que te apoderas de mi ánimo, y me haces faltar.

MARIA ¡Si esa es mi intención, y así veo probado lo que me quieres!... ¡Ven! tú eres mío. (Conduciéndole hacia la puertecita de la derecha.)

PEN. Yo prometí esperar.

MARIA Rompe la promesa. Ven, que avanza la noche. Ven, que yo te guíe... Con tu María el Calmen... Con tu huertanica... Sígueme; vamonos. (Llegan junto á la puerta de la derecha, ella atrayéndole, él resistiéndose ya flojamente; ella va á tirar de la puerta, cuando en la de la izquierda se oye meter la llave y darle la vuelta.)

PEN. (Desasiéndose de ella.) Abren la puerta.

MARIA ¡Oh, sí!.. Date prisa.

PEN. ¡No, no! Aguardo. (Javier se presenta, abriendo la puerta de par en par.)

ESCENA IV

PENCHO, MARÍA DEL CARMEN, JAVIER

JAV. (Desde la puerta, á Pencho.) Aquí estoy.

PEN. Aquí me tienes.

JAV. ¡Y ella contigo!...

PEN. ¡Sí! ¡conmigo siempre!

JAV Siempre, no. Yo vengo á separaros.

MARIA (Colocándose entre los dos.) Yo os he de separar á vosotros.

JAV. No lo alcanzarás.

MARIA Estoy en medio.

JAV. Aunque entre los dos tendieras toa la anchura del mundo, nos hallaríamos algún día.

PEN. Nos hallaríamos.

JAV. ¡Te he visto en sus brazos!

PEN. ¡Ha dicho que yo le huía!

JAV. Que sea ahora mismo lo que haya de ser. (A Pencho.) Y no es lance desigual; quiero que lo sepas. (A María del Carmen.) Sábelo tú tamién. (A Pencho.) Mírame; que vengo erguido y fuerte. Acabo de oirle al médico, en la consulta, que no tengo mal ninguno, que no es nada tóo lo que tengo. ¡Y es lo fijo! Na más que le escuché, y me hirvió la sangre poderosa. Así, no repares; que de tí á mí ya no va nada. (Van á salir los dos.)

MARIA (Corriendo á la puerta.) No saldréis.

JAV. (Luchando con ella.) Déjanos...

PEN. No temas.

JAV. No hay más remedio.

MARIA Otro hay. ¿No soy la causa de vuestros odios? Que me pierda yo; que me arroje al río. Dejadme; y no riñáis. Yo soy la que muero.

JAV. (Con exaltación.) ¡Tú debes vivir para ser mía!

PEN. ¡Calla!... y vamos ya.

MARIA (Queriendo detenerles, desesperada, agitadísima.) ¡No, no!...

PEN. Güervo, y huiré contigo.

MARIA (Luchando con ellos.) ¡Oh, no!... ¡No vayáis!... ¡Virgen Santa!... ¡Pencho!... ¡Qué angustia!... ¡Ay! (Cae desvanecida en brazos de Pencho.)

PEN. Se desvanece.

JAV. Esto nos presta ocasión. ¡Déjala! Pronto. Yo gorveré á asistirla.

PEN. (Atendiendo á María del Carmen, á quien ha colocado en una silla.) ¡Tú no la verás más!

JAV. Sígueme. (Llega á la puerta de la izquierda y retrocede.) Espera.

PEN. (Sin dejar de atender á María del Carmen.) Vé, que ya te sigo.

JAV. (Acercándose á él, en voz baja.) Viene mi padre. Nos va á detener.

PEN. ¡No! ¡que no nos detengan!

JAV. Anda acechándome para evitar nuestro encuentro.

PEN. No lo evita.

JAV. Allí me escondo. No le digas que he venido. (Entra por la puerta del fondo y desaparece por la izquierda. Pencho sigue al lado de María del Carmen.)

ESCENA V

PENCHO, MARÍA DEL CARMEN, DOMINGO y FUENSANTICA, por la izquierda

DOM. ¿Ha venido Javier?

FUEN. Yo no le he visto. Estaba al otro lao...

DOM. Abierta está la puerta. No hay duda que ha venido.

FUEN. ¿Qué tiene María el Calmen? (Corriendo al lado de ésta.)

PEN. Ya va gorviendo.

DOM. ¿Se puso mala?

PEN. Dióle este desmayo. (María del Carmen vuelve en sí, mira en derredor ansiosa, se levanta.)

MARIA Pencho... (Cogiéndole de la mano.)

DOM. ¿Y mi hijo?

PEN. El abrió esa puerta.

MARIA ¿Volvió á salir?

FUEN. Claro que ha salido.

DOM. (A Pencho.) ¡Y tú aquí, entavía!

PEN. Lo que prometí; esperando.

DOM. Pos nada tienes ya que esperar. Ponte en salvo y no pienses en luchas, porque esta es noche de gozo y en ella no puede suceder nada triste. (Con expresión de contento.) ¿No sabes, María el Calmen? (A Fuensantica.) ¿No sabes tú, zagalica? Ha estao el doctor reconociendo ar chico, á mi Javier... ¡Y con qué espacio, y con qué majestad, pulsándole y escuchándole, que imponía la cosa y metía

pavura! Pos el resultado ha sido, que don Fulgencio ha declarao que er muchacho no tiene ná grave; solamente un poco de robinera que le queda de la herida; y que no ofrece cuidao, y que espera curarle del tóo en muy poco tiempo.

FUEN. ¡Ay, qué alegría!

MARIA Sí por cierto.

DOM. Ya veis.

FUEN. Si cuando yo le dí á don Fulgencio er diploma...

DOM. Me degorvió al alma la tranquilidad y el contento. ¡Y que es él, hombre de saber y de conciencia!

ESCENA VI

DICHOS y DON FULGENCIO por la izquierda

FUL. Buenas noches.

DOM. ¡Don Fulgencio, usté por aquí!

FUL. Vengo á hablar contigo.

DOM. Lo que usté guste.

FUL. Estas muchachas...

DOM. Muy bien. Salid ahí fuera. (A ellas.)

PEN. Yo, allí.

FUL. No importa que este nos oiga.

MARIA (Bajo á Pencho.) Si te aguarda Javier en algún sitio, no irás. Allá fuera estoy vigilando.

FUEN. (A María del Carmen.) Ven, que está la noche hermosa.

MARIA (A Pencho.) La riña es imposible.

PEN. (No hay quien la impida.) (María del Carmen y Fuensantica se van por la izquierda. Pencho entra por la puerta del fondo y se sienta en el arca.)

ESCENA VII

DOMINGO y DON FULGENCIO en la escena, PENCHO en el foro, á poco JAVIER

DOM. Usté dirá lo que se le ofrece, don Fulgencio.

FUL. Vamos á sentarnos.

DOM. (Acercándole una silla.) Echese pa acá, fronteri-

co á la puerta, que corre el aire. (Coloca la silla hacia la derecha, en la línea de la puerta y se sienta don Fulgencio.) Tomará usté alguna cosa.

FUL. Nada; muchas gracias.

DOM. Todo lo que hay aquí es para usté.

FUL. Siéntate y oye.

DOM. Vamos allá. (Acerca otra silla y se sienta junto á don Fulgencio.)

FUL. Amigo Maticas, disponte á oirme con serenidad y entereza.

DOM. Pos, ¿qué ocurre?

FUL. Vengo á hablarte de tu hijo. (Aparece en la pieza del fondo Javier, que, quedándose oculto en el interior de la estancia, se pone á atender á la conversación de los dos personajes.)

DOM. Sí, señor. Hablaremos de él, y mande cuanto haya que hacer pa limpiarle de toas las reliquias. ¡Qué contento le ha puesto usté, y las bendiciones que le habrá á usté enviao! Me lo dejó usté sano, solamente con lo que le habló esta tarde. Pos, ¿y á mí? ¡Ay, señor doctor; usté trae á nuestra casa la satisfación y er bien!

FUL. Esta tarde, Domingo, os he engañado.

DOM. ¡Jesús, páere nuestro! ¡Qué dice usté! (Javier avanza hasta el centro de la pieza interior y escucha con doble afan; Pencho se pone en pié detrás de Javier.)

FUL. O, hablando con más precisión, he engañado á tu hijo; al enfermo. A tí no, porque me reservaba hacerte sabedor de la verdad, según te tenía prometido y según me lo ordenaba mi deber. Esa verdad, Domingo, es la que vengo á manifestarte.

DOM. ¡Sí, sí! ¡La verdad toa... tan dura como ella sea, y tan desconsolada!

FUL. Al médico hay que reconocerle el fuero de poder mentir, cuando habla en presencia del doliente. La ficción es en tal caso piadosa, y además terapéutica, medicinal, porque la empleamos á manera de un calmante con el que se adormece el espíritu en beneficio del cuerpo.

DOM. ¿Y á mí, don Fulgencio... á mí, qué tiene

usté que decirme? Hable sin disimulo. Aquí está mi frente pa que le ciña, si es necesario, la corona de espinas...

FUL. Pues á tí, lo que he de decirte... (Javier llega hasta la puerta del fondo, escuchando con anhelo creciente y con agitación que procura dominar; Pencho avanza también, quedándose un paso atrás de Javier y oyendo con interés.)

DOM. Me lo figuro; que mi hijo está muy malo.

FUL. Peor que eso.

DOM. ¡Peor que eso!... ¿Qué puede ser?

FUL. Que tu hijo está perdido.

DOM. ¡Perdido!

(Javier, que escucha con avidez, se siente rudamente impresionado; vacila, extiende los brazos; Pencho acude y le sostiene; aquél se apoya en éste, echándole los brazos al cuello é imponiéndole silencio con el dedo puesto en la boca, manifestando su intención firme de oirlo todo.)

FUL. Creo que no hay esperanza para él. Esta es la tristísima verdad. (Pencho, que sigue sosteniendo á Javier, obliga á éste á que se retire, empujándole hacia el interior de la estancia, que se supone comunica con la del fondo. Javier trata de resistirse y quiere seguir oyendo, pero al fin entra vencido por la fuerza y voluntad de Pencho.)

DOM. (Llorando, con la cabeza entre las manos.) ¡Válgame Dios, doctor, lo que usted me dice!...

FUL. Te digo lo que no debes ignorar.

DOM. Siga usté, siga... Tiene usté razón. Pero esta pena... ¡cómo quería usté que no la sintiese!... ¡Es mi hijo! ¡La raíz y er jugo de mis sentimientos!... Siga; le escucho. Ya estoy sereno. Pero, ¿está perdío, señor?...

FUL. El infeliz es un condenado á muerte que está en capilla.

DOM. ¡Hijo de mi alma!... ¡Javier mío!...

FUL. La herida no se curó. Cicatrizada por fuera, quedó abierta y royendo en lo interior del pecho. Devoró los pulmones y envenenó la sangre. En tal estado de destrucción, no es posible que viva ningún ser humano.

DOM. ¡Qué dolor, Virgen santa, qué dolor tan grande!

FUL. Lo que está viviendo es de milagro. Milagro de Dios y misterio para nosotros, los miserables sabios de la tierra. Pero contados tiene sus días; cuando el milagro cese, cuando Dios sea servido. Vamos, no te dejes vencer por la amargura.

DOM. ¡En er instante de mayor fe, Dios mío! ¡Cuando le creí salvado! ¡Cuando en esta triste casa iba á amanecer la luz de la dicha! Tóo se malogra, tóo se güerve sal y agua. Ya ve usté que he de llorar. ¡Cómo no llorará un páere! ¡Si este amor es er más hondo, er más tierno, y er que más dura en el alma; porque mientras haya mundo, podrán acabarse los hijos para los páeres, pero los páeres para los hijos... esos no se acabarán jamás!

FUL. Por eso es menester que sostengas tu ánimo.

DOM. ¿Y nada puede hacerse... nada, nada?...

FUL. Te lo he dicho.

DOM. Usté es un sabio, don Fulgencio...

FUL. Mucho menos de lo que vuestra sencillez me supone. Pero la ciencia misma se declarara impotente en presencia de este caso desesperado.

DOM. Mas no va usté á abandonarme.

FUL. No te abandono. Bien lejos de eso, mi venida en tu busca, reconoce por causa no solamente la obligación en que estaba de abrirte los ojos, sino también mi formal intento de aconsejarte.

DOM. ¡Eso! Disponga usté.

FUL. Tu hijo necesita de una quietud absoluta. Vive actualmente entregado á una agitación constante y perniciosa.

DOM. Y ese era mi desvenecimiento; vea usted. Esa animación me parecía á mí, señal de salud.

FUL. No es sino el estado febril que le domina. Ahora descaecido, en seguida exasperado; flaqueza y aliento, sucediéndose sin norma ni compás. Es la calentura que mengua y crece á su placer, dentro de aquel organismo arruinado.

DOM. ¡Sí, que será eso!

FUL. El matrimonio, imposible; y los amores, muy peligrosos. Renunciad á ellos. Y eso, no tan sólo por ley de salud, sino asimismo por ley de conciencia. No es cosa lícita, Domingo, juntar una existencia lozana y radiante, á la de un sér extenuado, marchito, moribundo.

DOM. ¡Si es que la quiere con toa su alma!...

FUL. Más poderoso motivo para que se incline á no esclavizarla, á no sacrificarla, con un egoismo que hiciera odiosa su agonía.

DOM. ¡Todo habrá que perderlo!...

FUL. Y es necesario también desarmar esas cóleras y ese afán vengativo en que el muchacho se consume.

DOM. Eso se lo da la fiebre tamién. ¡Si él es güeno, doctor... es güeno, pobretico mío, hasta el hueso!

FUL. Fiebre es, pero importa no excitarla. Ese enemigo, ese Pencho, que desaparezca de su vista.

DOM. Tiene usté razón; yo cuidaré de eso. ¿No dice usté que así, yéndole á la mano, alargaré su vida? ¿Que le tendré á mi lao una semana más, un día, una hora... lo que sea?... Yo le conservaré, doctor. ¡Gracias! Me ha partío usté er corazón, pero ha hecho bien. Un páere debe ser valeroso. Verá usté lo que dura mi enfermo. (Se levantan.)

FUL. Adiós, y ten fortaleza.

DOM. Usté no nos abandone.

FUL. Yo haré por sostenerle cuanto sepa.

DOM. ¡Y yo cuanto puedo, y más de lo que puedo y de lo que debo!

FUL. Adiós, Domingo.

DOM. Vaya usté con Dios. (Vase don Fulgencio por la izquierda.)

ESCENA VIII

DOMINGO y PENCHO

DOM. (Dirigiéndose al fondo.) Oye, tú, Pencho... (Pencho sale á la escena.) Huye, si quieres.

PEN. Con María el Calmen.

DOM. Como puedas. Márchate y desaparece de la Huerta. Ahí te dejo la puerta franca. Pero ha de ser de seguida, porque no tienes de plazo más que lo que yo tarde en gorver con fuerza de la justicia, pa que te lleven atao y bien seguro. Aprovecha los instantes, que te suelto tóos los mastines. Estás avisao. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IX

PENCHO. JAVIER Así que se ha marchado Domingo, aparece por el foro Javier, poseido de profunda pena y desesperación. Anda turbado por la escena, y al fin se deja caer en una silla á la izquierda, quedando un momento entregado á dolor silencioso. Pencho, más atrás, en pie, á la derecha, observa á Javier con semblante de compasión. Javier, al cabo de la pausa, levanta la cabeza, se pone en pie y mirando á Pencho, le habla sin poder dominar el abatimiento

JAV. Ven...

PEN. ¿Aonde?

JAV. Ven á matarme.

PEN. Estás indefenso. ¿No lo has oído?

JAV. Esa es ventaja para tí. No la pierdas. Ven, que yo te he retao, y tú esperándome, has cumplío. ¡Lo que deseo, es que acabes de quitarme esta vida!

PEN. ¿No ves que te la quitaría de seguro?

JAV. ¡Ese es er único beneficio que puedo ya esperar en el mundo! Te lo deberé á tí. Ven á matarme.

PEN. Yo no me bato contigo.

JAV. ¿Que no te bates?

PEN. Tu enemigo, yo ya no lo soy. Cuando te

herí, la otra vez, reñía, no asesinaba. Ahora te asesinaría.

JAV. ¿Y si yo no te dejo en libertad?

PEN. Nada me importa. No pienso irme. Yo sólo, ¿pa qué?

JAV. Y vendrán á prenderte.

PEN. Que vengan. Para eso me he delatao.

JAV. Será grande tu castigo, porque yo me muero.

PEN. Que lo sea. Tóo menos levantar mi brazo contra un pecho sin defensa.

JAV. (Mirándolo con expresión.) Tienes razón.

PEN. Eso no se hace.

JAV. ¡Tú eres un hombre!...

PEN. Eso.

JAV. Vete, pues. Yo te dejo libre; no te detengo, ni te denuncio con mis voces. Ve, y ponte en salvo.

PEN. Con María el Calmen.

JAV. ¡Con ella, no!...

PEN. Pos de aquí no salgo.

JAV. (Suplicante, juntando las manos.) ¡Déjamela!...

PEN. Es imposible.

ESCENA ULTIMA

DICHOS. MARÍA DEL CARMEN

MARIA (Desde fuera.) ¡Pencho!

JAV. Ahí está...

MARIA (Saliendo por la puerta de la izquierda apresurada, anhelante, llena de tribulación.) ¡Vienen, Pencho!... ¡A apoderarse de tí! . ¡Gente armada... mucha gente!... ¡Estás perdido!...

JAV. Nada temas. De aquí no te sacarán. (Encaja la puerta y cierra con llave.) Estás en mi casa.

MARIA ¡Oh, gracias, Javier!... (Volviéndose á Pencho.) ¡No te detengas!... Por aquí, por el paso que hay oculto... La yegua está dispuesta.

JAV. Sí; vete... vete...

PEN. Con ella.

JAV. ¡Con ella, no!... (Los mira á los dos, que están unidos de la mano; cambia súbitamente de expresión y dice, habiendo tomado su acuerdo.) ¡Pos bien!...

¡Sí! con ella... con ella, pero que te salves. Tómala, llévatela... ¿Yo, quién soy ya, para disputártela? ¡Ya para mí tóo se ha acabado!

MARIA ¡Oh, Javier!

JAV. Allá dentro, ahora poco, iba á caerme desplomado. Tú me has sostenido. Llévatela.

PEN. Gracias.

JAV. Hazla dichosa... ¡y bendecidme alguna vez! Iros ahora, iros. (Suenan fuera voces y tropel de gente que se acerca.)

MARIA (Yendo á la puerta.) ¿No oyes?... ¡Ya se acercan!...

JAV. En la yegua llegáis á Torrevieja antes del día. Allí no os faltará cómo embarcaros.

MARIA ¡Ya están ahí! (Las voces se oyen junto á la puerta.)

JAV. ¡Marchad!

MARIA ¡La Virgen te salve!

JAV. ¡Que el cielo os guíe!...

PEN. (Desde la puerta de la derecha, á la cual se ha dirigido, llevando á María del Carmen de la mano.) ¡Adiós, Javier!

JAV. (Desde la izquierda, donde está, con la mano aplicada á la puerta.) ¡Adiós, Pencho!

MARIA (En un arranque, corriendo al centro de la escena, dirigiéndose á Pencho, señalándole á Javier.) ¡Abrázale!

PEN. ¡Oh, sí!... (Corre hacia Javier y éste hacia él; al hallarse los dos, Javier echa los brazos al cuello de Pencho, éste le toma la cabeza con ambas manos y le da en la mejilla un sonoro y efusivo beso.—TELÓN.)

FIN DE LA COMEDIA